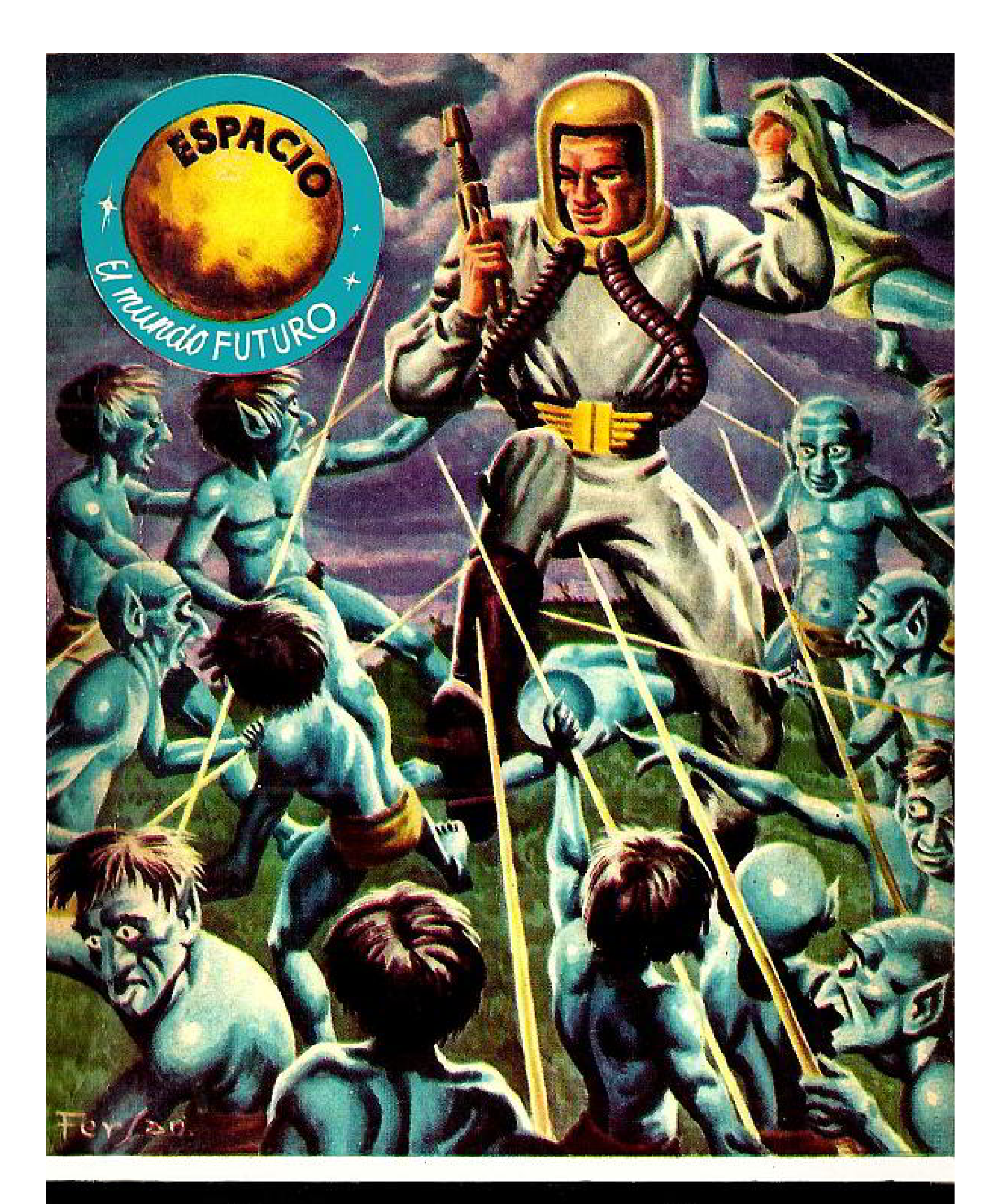


"ZERO"

JOHNNY GARLAND

Daniel Mason sentía repugnancia por matar.

Sin embargo, iba a aniquilar ahora tres vidas humanas. Así, fría y despiadadamente. Siempre pensó que la vida de todo hombre era algo demasiado valioso sagrado para atentar contra ella. Pero ahora cada vida significaba, tal vez, la salvación de otras muchas. El principio de la lucha contra el Poder Central.

De él no podían sospechar. Nadie dudaría de uno de los hombres establecidos en los controles. Tampoco podrían dudar cuando hubieran muerto los otros tres. Inmediatamente de eliminarlos, si salía con bien de la empresa, se encerraría a sí mismo en la pasividad mental que resistía todas las pruebas. Bastaba una de aquellas reducidas cápsulas ocultas en la funda disolvente que guardaba entre sus cabellos.



Johnny Garland

«Zero»

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 109

ePub r1.0
LDS 25.11.18

Título original: *«Zero»*.
Johnny Garland, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




"ZERO"

PRÓLOGO

La historia acaso no hubiera llegado a escribirse jamás si James Elder hubiese logrado escapar.

Pero eso era difícil, muy difícil, en un mundo donde el individuo apenas era ya nada. Era imposible para un hombre escapar a semejante cerco. James Elder lo sabía. Por eso, aunque luchó a la desesperada, lo hizo con la convicción deprimente de que jamás se vería libre y a salvo de sus perseguidores.

Huía a un destino implacable que, tarde o temprano, le alcanzaría. Nadie podía eludirlo. Nadie lo había eludido nunca en la Nueva Era. Fríos, precisos, imperturbables, «ellos» siempre triunfaban. Iban estrechando el cerco, cerraban poco a poco el dogal, sin prisas. Nadie tenía, prisa allí, porque el final sólo podía ser uno, y cuanto más se prolongara, tanto peor era.

James Elder no tenía rumbo fijo, no había elegido camino alguno. Todos eran iguales para un hombre que huye sin esperanzas, por el simple afán de escapar, por el instinto imperativo de luchar, de morir al menos sin pasividad, sin resignación…

Por eso se detuvo en lo alto de la loma y miró al cielo, crudamente azul y sin nubes. Miles, millones de astros titilaban allá arriba, como siguiendo su carrera sin meta ni razón, igual que si millones de ojos fríos, azules o blancos, se entornaran, rientes, ante la impotencia del hombre, débil elemento inconexo con el todo compacto y homogéneo que era el resto de la Humanidad, de aquella triste y penosa Humanidad reducida a la nada individual, a la negación absoluta de la independencia y del individuo.

Detrás de Elder quedaba la ciudad. Metálica, rígida, vertical, irguiendo al cielo sus torreones sin alma, sus cúpulas grises, espejeantes. Las luces de siempre, en forma de haces de resplandor

blanco, surcaban el cielo por entre los edificios, resbalando encima de sus muros iguales, lisos y bruñidos, por los ojos apagados de sus ventanas sin luz ni vida.

Sí, era mejor huir de aquello, morir en cualquier otra parte. El silencio, el mecanismo y la soledad, resultaban enloquecedores. Porque detrás de aquel terrible mutismo Elder sabía lo que acechaba, la clase de monstruo intangible e impalpable que espiaba el menor movimiento de sus esclavos, de sus desdichadas marionetas sin emancipación posible, excepto la de la muerte…

Ojos invisibles, tentáculos prestos a tenderse para aferrar al número rebelde entre millones de números iguales, monocordes, resignados, sin pensamientos ni voluntad.

Eso era el mundo. Su Mundo. La Nueva Era, los Nuevos Sistemas, el Mando Universal y Absoluto…

Sintió asco. Asco de sí mismo, de todos sus semejantes, que toleraban aquello, que lo estaban tolerando durante más de un siglo. Cien años de esclavitud, de abyección y de total renunciamiento a credos, a ideas y opiniones. Sin fe, sin esperanza, sin futuro. Y allá, en algún lugar del planeta, el Amo. Omnipotente, poderoso, cruel, sin piedad. El Amo…

¡Cuánto le odiaba, cuánto hubiera deseado estar cerca del hombre privilegiado que arrastraba a la civilización al mecanismo frío, a la muerte en vida! ¡Qué feliz le hubiera hecho estrangularle entre sus manos, igual que el Amo estrangulara antes a aquellos hombres cuyo único delito había sido el de ser como él lo fue hasta entonces, como lo eran todos los seres vivientes racionales, en la superficie del planeta Tierra: marionetas, muñecos débiles, bajo unas manos que todo lo abarcaban, bajo unos ojos que todo lo veían!

Estaba corriendo. Corriendo a campo través, mientras pensaba esto. Sobre él, el cielo y los astros parecían más fríos y lejanos, que nunca, más distantes del Hombre, a pesar de que la Astronáutica había salvado ya las distancias interplanetarias y era fácil que pronto salvase también las intergalácticas, si el progreso científico, el avance de la mecánica y de las investigaciones en nuevas e incalculables energías, continuaba a igual ritmo. Siempre bajo las órdenes de un solo ser: el Amo.

¿Quién sería él? ¿Y qué importaba quienquiera que fuese? Él,

james Elder, le había visto una vez. Pero era igual. No era el individuo, sino la definición de su cargo y de su poder. Nadie sabía su nombre, nadie lo preguntó jamás, acaso porque en realidad nadie hubiera contestado a la pregunta. Era, el Amo. Eso era todo. Un día, como todo ser mortal, terminaría su vida. Nadie se enteraría de ello. Sus directos colaboradores, los hombres que regían en torno suyo, sustituirían por otro al hombre desaparecido. El Amo seguiría, viviendo, continuaría en lo más alto, dueño y señor de todo y de todos. Como un superdictador, como un ser de excepción.

Ahora ese Amo habría dado la orden a todas las fuerzas de la Tierra:

> «ELIMINAD A JAMES ELDER. ANIQUILAD AL REBELDE. TODA MENTE SUBLEVADA CONTRA EL PODER CENTRAL. HA DE SER APLASTADA. LA SEGURIDAD DE LA TIERRA Y DE LA NUEVA ERA ASÍ LO EXIGEN. MATAD A JAMES ELDER, DESTRUID SU CEREBRO…».

Casi podía sentir esas palabras en el aire, en el silencio de la noche, en el campo carente de vida y de animación, pelado y terso como una enorme roca viva. En la Nueva Era sobraba la agricultura, la ganadería, todo… Los grandes laboratorios creaban la alimentación artificial, proporcionaban a los seres humanos la comida diana, sintética y estimulante…, pero adormecedora de toda sensibilidad mental que no fuera la emanada de arriba, y que cada hombre se limitaba a reflejar en sí mismo, como si, en vez de cerebro, su cabeza guardase un simple espejo.

Eso eran todos: tristes espejos sin vida, sin luz propia…

Se detuvo de pronto. Un zumbido sordo, apagado, hendió el cielo. Levantó los ojos. No todo eran estrellas. Había algunas luces rojas y verdes avanzando rápidamente, hendiendo el azul helado e infinito como raudos cornetas o entrecruzados aerolitos…

Aceleró su carrera, tropezó de pronto en un accidente del llano terreno sin vida, y se abatió de bruces, recibiendo un duro golpe en el rostro. Sintió correr la sangre, por su mejilla, pero se incorporó, vacilante, mirando aterrado a las alturas, y reanudó la carrera, pretendiendo huir de las astronaves que hendían el espacio en tenaz

e implacable búsqueda. La búsqueda de un hombre. La de él…

Las patrullas militares darían con él tarde o temprano. Le destruirían sin compasión… Tenía que correr mucho, no cansarse de huir, hasta que ya fuera completamente imposible continuar huyendo.

De pronto, las luces de arriba parecieron localizarle. Empezaron a surcar el espacio, arrojando chorros de blanca luz a la superficie de la tierra. Un auténtico muro de luz blanca, lechosa y cruda, se abatió sobre la campiña. Elder corrió, corrió y corrió…

Todo inútil. La luz caía ya sobre él a torrentes, proyectaba una monstruosa y dislocada sombra en el suelo pétreo y sin vegetación. ¡Habían dado con él!

Entonces dispararon.

Grandes y largos chorros de luz fosforescente chisporrotearon por el vacío, lanzados hacia el suelo, abrieron grietas y cráteres en él, acercándose cada vez más a James Elder. Uno de aquellos haces de fuego helado le alcanzó en un brazo. Instantáneamente el miembro herido se desintegró en forma de una cascada de pavesas luminosas. Elder gritó rabiosamente, con un dolor inhumano, brutal, desgarrando su ser, extendiéndose desde el miembro borrado por la terrible arma venida del aire.

A pesar de todo, continuó su carrera, mientras el sudor chorreaba por su rostro lívido, desencajado y lleno de horror, de angustia, de lacerante frenesí por ir… a ninguna parte.

De pronto, ante él apareció el final del camino. Un borde cortado a pico, que asomaba a un profundo barranco, oscuro y angosto, adonde la luz de los astros en la fría noche de la Tierra del siglo XXIII, no lograba penetrar para ahuyentar sus sombras eternas.

Al mismo tiempo, uno de los diabólicos aviones del Amo proyectó su infernal fuego frío sobre el fugitivo, perfectamente siluetado allá abajo, insignificante y desvalido, entre un mar de blanca luz proyectada.

Esta vez una pierna sufrió la terrible quemadura que no ardía, que llevaba a los huesos, a la piel y la carne del herido la glacial agonía de su fría desintegración.

James Elder sintió desaparecer su pierna derecha, hasta casi el muslo, convertida también en pulverizada lluvia de luz. Se derrumbó en tierra, al borde del barranco, con una expresión de

muerte en su rostro. Elevó los ojos dilatados hacia la altura, hacia el azul sin fin, de donde de repente desaparecieron las luces de situación de las astronaves, se borró también el torrente de claridad lanzado a la Tierra y volvió la oscuridad, el silencio implacable, en tanto que un leve ronroneo, en la distancia, señalaba el alejamiento de la patrulla asesina, cumplido su objetivo. El Amo sabía que ya estaba jugada la última carta, que James Elder había perdido una partida que jamás hubiera podido ganar.

Ahora moriría allí, lenta y dolorosamente. Entonces el Amo enviaría de nuevo a sus naves, recogerían el cadáver, para destruir el cerebro y no dejar del rebelde ni el menor rastro, ni una simple onda magnética que pudiera interceptar el mando absoluto en las mentes de todos los humanos, provocando nuevas disensiones en la comunidad vencida.

Entonces, un supremo pensamiento rebelde, un postrer afán de desobedecer de nuevo los designios del Amo, le impulsaron a apresurar el fin, a cortar de raíz su agonía.

Elevó al cielo unos ojos angustiados y húmedos, temblaron sus labios al musitar palabras entrecortadas y llenas de fe, que deseaba llegaran arriba que aquellos astros indiferentes a tanto horror, más allá de un Universo dominado por el Hombre, a quien a su vez dominaba también un Poder total, perverso.

—Señor…, perdóname por esto… Pero no busco la cobardía de morir antes. Sólo quiero… encontrar un final más piadoso, hurtar acaso mi cuerpo a la búsqueda de esos monstruos, y al menos encontrar una sepultura más digna de un hombre…

Después se deslizó, a rastras, hasta el borde mismo del barranco sumido en tinieblas. Miró a su fondo, sereno y resuelto. Luego, su único brazo hizo presión en tierra, adelantó su única pierna… y saltó.

Su cuerpo, rebotando de piedra en piedra, fue como un pelele roto perdiéndose en lo desconocido. Las tinieblas de la sima engulleron a James Elder, el rebelde…

* * *

—Está muerto, profesor… No podemos hacer nada por él.

—Absolutamente: nada, Calloway. La luz fría ha destrozado, su

brazo y pierna antes de que cayera aquí abajo. La caída terminó de aniquilarle…

—La luz fría… —Harry Calloway levantó sus ojos verdes y jaspeados, tras los lentes, hasta encontrarse con la mirada gris y firme del profesor—. Eso significa que fue condenado por el Poder Central…

—Exactamente, mi querido Calloway… —El profesor Elmus Darnell sonrió amargamente—. Es el destino de todos los que se rebelan.

—Excepto el nuestro —sonrió a su vez Calloway.

—No cante victoria todavía. Hasta ahora hemos logrado crear en torno nuestro una campana magnética que nos aísle y defienda de la búsqueda de seres independientes por parte de los controles electrónicos del Amo. Algún día esa capa de aislamiento electrónico, en nuestro refugio, puede fallar, tener un punto débil. Y entonces todos estaremos perdidos, Calloway. Usted lo sabe igual que yo.

—Y afrontaré las consecuencias, igual que usted —respondió el otro con firmeza—. No tengo miedo alguno al futuro.

—Porque es usted un hombre valiente, amigo mío… —Inclinó la cabeza, pensativo, mirando el cuerpo caído a sus pies, sin vida—. Calloway, ¿quiere ayudarme a llevarlo adentro?

—¿Qué es lo que piensa hacer con él? Está muerto, sin remedio alguno… Aún no se ha logrado descubrir la resurrección del hombre, ni creo que jamás lleguemos a ello.

—No pretendo tampoco tanto. Pero quiero examinar sus reflejos mentales. Con el «relator» podré aún leer sus últimas ideas, ya que éstas sobreviven, impresas en el cerebro, durante varias horas después de la muerte.

—¿Espera sacar algo en limpio de todo eso?

—Aún no lo sé. Un científico nunca sabe lo que va a hallar. Pero se busca algo.

—¿No puede ser peligroso?

—Espero que no. Vamos, conviene hacer el examen cuanto antes…

En silencio Calloway se inclinó, ayudando a su superior a levantar el cuerpo de James Elder de donde yacía. Con él en vilo, se movieron por entre las peñas, en el fondo del tenebroso barranco.

Detuviéronse ante unas rocas. Automáticamente éstas giraron sobre sí mismas, demostrando estar ensambladas entre sí y formar una especie de puerta a una galería en la roca viva, por la que se perdieron los dos hombres con su fúnebre carga. La puerta se cerró tras de ellos, silenciosamente y sin que nadie la tocara.

La galería descendía en acusado declive, hasta morir en una puerta circular, de metálica superficie gris. También ésta se abrió al detenerse ellos, y un torrente de luz azulada brotó de su interior, mostrando el mobiliario metálico, austero, y frío, que ocupaba la estancia de muros lisos, de una materia parecida al vidrio plastificado.

Una muchacha se volvió ansiosamente hacia ellos al oírles entrar. Unos ojos grandes, grises como los del profesor Darnell, pero más bellos y expresivos, mostraron su preocupación y alivio a la vez.

—Temía por vosotros —confesó con un suspiro—. Papá, es peligroso salir de aquí. Sabes que la campana magnética, en el exterior, no es tan fuerte como aquí. Puede debilitarse su protección y descubrir a los controles remotos del Poder Central nuestra presencia aquí…

—Tranquilízate, hija… —sonrió Elmus Darnell—. No ocurre nada…

—Pero ¿qué, es eso? —Ruth Darnell, la hija del profesor, miró con estupor el cuerpo sin vida—. Ese hombre… ¿está muerto?

—Sí, pequeña. Muerto por las patrullas del Amo. Pero no le han aniquilado por completo. Vamos a examinarlo en el laboratorio. Así, por sus reflejos mentales impresos, el «relator» nos dirá quién era y lo que hizo…

—Deberíais seguir con vuestra labor, en vez de perder horas en eso —replicó la muchacha, alisándose con gesto mecánico sus cabellos rubios, de un color ceniza plateado. Al hacerlo, irguió su figurita esbelta y graciosa, destacando la línea belicosa del busto, bajo la blusa blanca de tela plastificada, refractaria a todas las temperaturas, ya fuesen de frío o calor. Agregó luego, mirando hacia el fondo, a otra puerta circular, de metal blanco, centelleante —: Urge que ese robot llegue a ser una realidad. Significaría el triunfo más grande de la Humanidad, de los hombres libres sobre la tiranía de la Nueva Era… El principio de una rebelión sublime,

perfecta y maravillosa: la rebelión de los robots, de los seres nuevos, creados para combatir y neutralizar el poder magnético del Amo y sus máquinas diabólicas…

—Yo soy el primer entusiasmado en eso, hija —asintió el sabio, con la vista perdida en el aire—. Mi robot sería el triunfo de la Ciencia sobre la Máquina, porque habríamos creado otra máquina mejor y más perfecta, aquella que sería capaz de contrarrestar la fuerza destructiva del enemigo. Un robot…, dos…, tres…, diez…, ciento…, y así hasta miles. El ejército ideal, capaz de devolver a la Tierra su fisonomía de antes, la que tuvo cuando era un mundo con países, continentes, gobiernos diferentes, repúblicas, monarquías o lo que fuese.

—Profesor, deje de soñar ahora —le recordó con frío materialismo Calloway—. De momento, el ansiado robot dista mucho de estar logrado. Piense en este hombre, si realmente le preocupan sus sensaciones mentales antes de morir… Pronto se borrarán por completo y habrá perdido la oportunidad de lograr nada, si bien maldita la razón que le veo a esa investigación…

—Nada tiene razón aparente, hasta que ésta se descubre —sonrió con cierto aire de misterio el padre de Ruth—. Iré a trabajar con este desdichado en mi laboratorio… Usted puede ir a descansar un rato, Calloway. Ha trabajado ya mucho durante todo el día.

—¿No me necesitará ahora? —se asombró su ayudante.

—No; creo que no… De ser así, le llamaría. Ruth, también tú puedes descansar. A veces me abstraigo tanto en mi tarea, que no comprendo lo mucho que os fatigo.

—Todo lo hago gustosa, papá, y también Harry —respondió ella suavemente.

—De todos modos, no os voy a necesitar ahora. Esto es cosa de poco tiempo y escasa labor. Un hombre sólo se basta. Además…, sé que estaréis más a gusto los dos solos, sin mi presencia…

Sonrió jovialmente, haciendo un guiño. Ruth enrojeció, Calloway ocultó su embarazo tras un parpadeo nervioso de sus sorprendentes pupilas verdes, penetrantes y llenas de juvenil inteligencia, y luego el profesor Darnell desapareció de su vista, llevando en sus brazos el cuerpo mutilado, y sin vida de James Elder. La puerta del laboratorio se cerró tras de él.

En un rincón del mismo, apoyado contra el muro plastificado,

por cuyo interior corría la fuerte energía magnética aislante que les mantenía ignorados del Amo, un curioso cuerpo de contextura humana, aunque bastante más alto y ancho, todo él de un extraño metal opaco y flexible, de intenso color azul cobalto, pareció mirarle indiferente, con sus ojos electrónicos sin vida.

Era un singular robot de largos brazos rematados por tenazas articuladas, piernas también con articulaciones, igual que el cuello, cilíndrico, reluciente, a cuyo final iba la forma de cono truncado de su «cabeza» metálica, dotada de esféricos «ojos» color rojo brillante, y una amplia abertura horizontal que simulaba la boca. En su centro, a guisa de nariz, aparecía un pequeño cilindro estriado, de tono gris oscuro.

El conjunto era gracioso y, a la vez, impresionante. No causaba terror, sino más bien sorpresa, curiosidad y un respeto que lindaba con la admiración ante tan completa imagen de un ser humano, trasladada a lo artificial creado por el hombre.

Pero aquel robot no era nada aún. Apenas un boceto, un proyecto sin lograr. Sus «ojos» carecían de expresión, estaba rígido e inmóvil, y salvo el rutinario sistema electromagnético, ya archiconocido casi tres siglos atrás, no parecía haber otro medio de mover aquella mole de rostro casi «simpático», a juicio de cualquiera que pudiese verlo.

El profesor Elmus Darnell apenas le dedicó una breve ojeada al pasar con su humana carga hacia una mesa blanca y mullida, en la que depositó al desdichado Elder. Luego, el profesar se calzó unos guantes de materia especial, cubrió su cabeza con una capucha refractaria, en la que sólo eran, visibles los ojos a través de un visor transparente, y conectó unos complicados aparatos repletos de botones, controles y diales graduados.

Se hizo una penumbra tenue, y azulada en el laboratorio, las manos enguantadas del profesor tomaron unos cables rematados por curiosos electrodos, y los aplicó a las sienes y nuca del muerto.

Luego esperó…, en tanto que una sonrisa de triunfo iba distendiendo poco a poco su boca, bajo la capucha refractaria, en cuyo extremo superior un transmisor, de sensibilidad inconcebible empezaba a llevar a su mente lo que estaba buscando.

Capítulo primero

El Robot

aniel Mason sentía repugnancia por matar.

Sin embargo, iba a aniquilar ahora tres vidas humanas. Así, fría y despiadadamente. Siempre pensó que la vida de todo hombre era algo demasiado valioso sagrado para atentar contra ella. Pero ahora cada vida significaba, tal vez, la salvación de otras muchas. El principio de la lucha contra el Poder Central.

De él no podían sospechar. Nadie dudaría de uno de los hombres establecidos en los controles. Tampoco podrían dudar cuando hubieran muerto los otros tres. Inmediatamente de eliminarlos, si salía con bien de la empresa, se encerraría a sí mismo en la pasividad mental que resistía todas las pruebas. Bastaba una de aquellas reducidas cápsulas ocultas en la funda disolvente que guardaba entre sus cabellos.

Aparentemente, Daniel Mason era el mismo de siempre. Rígido, inexpresivo, con la vaga mirada de todos los sometidos al Poder del Amo. Un autómata más, en un mundo de autómatas obedientes.

Pero en su interior, cada músculo, cada nervio y cada tendón vibraban, en espera del momento en que la patrulla de control de todos los días hiciese su aparición en el pabellón de controles de Metrópolis 187.

Su mano derecha, hundida bajo el complicado cuadro de los controles electrónicos y magnéticos, sostenía con firmeza el proyector de luz fría. Cada minuto, cada segundo, eran un nuevo tirón a sus nervios, una nueva prueba para su intensa angustia.

Esperar, a veces, era horrible.

Y no sólo porque su vida estuviera en la balanza, sino porque de ello podía depender el principio de un futuro mejor. Hasta entonces había habido rebeldes, casos aislados de sedición. Pero todos eran tan débiles y torpes que caían en el acto. Ninguno había contado con las cápsulas de paralización mental artificial para después del acto de rebelión, aquellas cápsulas que él ocultaba en sus oscuros cabellos, lisos y brillantes, bajo el casco dotado de electrones, ahora parcialmente inutilizados para que otros controles remotos no advirtieran su independencia de pensamientos. Daniel Mason no había dejado nada al azar, ni un cabo suelto. Si algún hombre podía tener éxito en la sublevación, ése era él. Perdida tal esperanza, no quedaría ninguna.

¿Ninguna? Bueno, acaso aquel loco proyecto del profesor Darnell… Pero era tan difícil, tan remoto… La salvación de la raza humana como tal no podía depender de un simple robot cuyo perfeccionamiento era aún una utopía, una ilusión alimentada con cariño, pero sin fundamento positivo.

Sonaron pasos al otro lado de la puerta. Las intrincadas redes de rayos infrarrojos fueron marcando sobre un juego de pantallas vítreas el paso de los que se acercaban, a través del pabellón. Eran tres hombres, porque tres eran los surcos luminosos trazados sobre las pantallas receptoras. La patrulla de inspección.

Era el momento. Temblaron las estrías luminosas en las pantallas, al pararse los patrulleros ante la puerta exterior. Ésta comenzó a abrirse, sin acción alguna. Daniel adoptó su más rígida postura, se mantuvo erguido ante el cuadro, con una mano visible,

apoyada en unos botones de control. La otra se iba elevando, cubierta por su cuerpo. El proyector subía, subía pulgada a pulgada, entre los dedos sudorosos y crispados…

Tres rostros inexpresivos y duros le examinaban desde la puerta. Los tres rematados en cascos blancos, fulgurantes, de complicados electrodos. Llevaban un deslumbrante uniforme gris plata, correajes blancos y armas, un proyector y una pila termonuclear cada uno.

—Número
11 978…
—recitó monótonamente uno de los tres hombres—. ¿Todo bien?

—Todo bien. —La misma voz monocorde y fría salió de entre los labios rígidos de Daniel Mason, cuyo atractivo rostro de facciones enérgicas y afiladas se mantenía inconmovible también—. El Amo ésta tranquilo.

Era la frase clave. La patrulla pareció de acuerdo en todo. Pero uno de ellos, el de la izquierda, le miraba con cierto aire abstraído. Su voz sonó, sobresaltándole un poco:

—Repara tus electrodos. Hay interferencias en tus ideas…, no te «leo» bien los pensamientos, Número
11 978.

El número
11 978,
Daniel Mason, contuvo sus temores, con un poderoso esfuerzo de voluntad. Contestó:

—Sí. Los repararé…

Nada más. Los tres parecieron satisfechos y se volvieron de espaldas a él, en silencio. La puerta comenzó a cerrarse lentamente. «Ahora o nunca…».

Daniel Mason alzó el proyector con un movimiento rápido. Su acción debió provocar alguna onda mental, porque simultáneamente se volvieron los tres de la patrulla, clavando en él sus ojos, llevando las manos a las armas.

Mason no se emocionó, no dudó, sencillamente porque «no podía dudar». Apretó el pulsador, de la terrible arma glacial. El chorro frío, luminoso y destructor, salió sibilante, llenando de lívida luz plateada la cabina de controles. Al mismo tiempo, su muñeca hizo dar a la mano armada un rápido movimiento semicircular de un lado a otro. El resultado fue que el chorro de luz fría barrió

materialmente a los tres hombres.

Uniformes, cascos, rostros y manos… Todo se borró en una siniestra cascada de cenizas brillantes, cegadoras de luz. Después, como pavesas, se apagaron al tocar el suelo, y ni siquiera quedó el polvo, ni resto alguno de los patrulleros.

La puerta, vacía, mostraba el lugar donde antes estuvieran en pie. Daniel cerró el proyector, lo ocultó rápidamente y llevó su mano izquierda a los cabellos, extrajo el estuche, lo introdujo en la boca y, al disolverse el envoltorio, las cápsulas fueron rápidamente digeridas.

De nuevo la nada, la más absoluta parálisis mental, afectó a Mason, en el instante en que una simple manipulación en los electrodos de su casco, reactivaban la comunicación con remotos controles. Aparentemente, todo seguiría igual.

Pero faltaban tres hombres, una patrulla completa. Seguirían otros. No podía haber piedad. Era una lucha a muerte, un duelo desigual; en el que tarde o temprano caería él a su vez. Pero para entonces esperaba que la suerte le hubiese ayudado, y la semilla de la rebelión humana fuese ya una cosecha pródiga y fuerte, incapaz de ser segada por el terror.

Ahora el Amo buscaría a sus tres hombres desaparecidos, cuando comprobase que tres transmisores y receptores no funcionaban. Sería tarea inútil. Nadie iba a sospechar de Daniel Mason. Nadie iba a poder ahondar en el vacío mental hecho en su cerebro por su propia voluntad. La droga del profesor Darnell era eficaz.

Después, Daniel Mason tenía algo importante que hacer: acudir a reunirse con Darnell y sus colaboradores, ocultos en su refugio secreto.

La gran batalla había comenzado. Los hombres no se resignaban a ser raza de esclavos durante demasiado tiempo…

* * *

—Buenas noches, Dan. El profesor está esperándote —y Ruth Darnell sonrió ampliamente al hombre cansado, de cabellos desordenados y rostro sudoroso que apareció en la entrada de la vivienda secreta perdida en el fondo del abismo, no lejos de Metrópolis 187.

—Ruth, las cosas se han precipitado… —jadeó el recién llegado, después de tomar alientos.

—¿Eh? —La muchacha, por primera vez, escrutó atentamente al joven, observando su aspecto alterado. Alarmada, agregó—: ¿Es que ya… ha comenzado la operación, Dan?

Daniel Mason asintió gravemente.

Ruth, pensativa, cerró la puerta. Luego permaneció erguida ante Dan, en la luminosidad azul de la estancia. Sabía lo que aquel anuncio significaba. Acaso el principio de una contienda sangrienta… Posiblemente el principio mismo del fin.

—¿Cómo ha sido, Dan?: —deseó saber, angustiada.

—Aniquilé a tres patrulleros. Después, comprobada su ausencia, comenzaron a registrarlo todo, a investigar por doquier. Nos examinaron hasta el último rincón de nuestras mentes, pero yo resistí bien. La droga de tu padre era eficaz, Ruth. Aparentemente, era tan incapaz de obrar por mi cuenta como ellos mismos. Pero tú sabes que eso no pasa de ser una apariencia, cuando se está bajo los efectos de la cápsula, y que la mente, en forma subconsciente, obra con total independencia… Logré destruir los controles, mientras ellos buscaban por otra parte… Vi a las patrullas movilizadas urgentemente por el Poder Central, andar de acá para allá como locas, en tanto que cientos, miles de cerebros humanos, dejaban de sentirse esclavizados y obraban por su cuenta.

—Sigue, sigue… —le alentó ella, fascinada.

—Poco más hay que contar. Lo único que estaba en mi mano hacer pude aún hacerlo, antes de huir de la ciudad. Rompí las puertas magnéticas del almacén de armamento y doté de proyectores a todos los que se iban rebelando contra el Amo. A estas horas son miles los que van obrando por cuenta propia y se dedican a destruirlo todo. Pronto Metrópolis 187 será un foco activo de insurrección. Quiera Dios que todo les salga bien.

—Y ahora…, ¿qué hemos de hacer nosotros?

—Nada. Absolutamente nada, sino esperar. No por egoísmo ni cobardía, sino porque es preciso aguardar los resultados. Se puede fracasar. Entonces, todos moriríamos. Ocultos aquí, seguiremos por los telediarios las noticias de última hora. Si se fracasa, siempre quedará ocasión de intentarlo, de nuevo. Si se gana la primera batalla, iremos a reunirnos con ellos.

—Oh, Dan, todo eso suena demasiado maravilloso para ser cierto. Poder salir de aquí algún día, volver al mundo, a la vida normal, sin huir ni ocultarse, sin estar como enterrados en vida…

—¿Y el robot, Ruth? ¿Se ha adelantado algo en él?

—Mucho me temo que no. Papá trabaja día y noche en él. Pero es algo casi, imposible de lograr. ¿Cómo va a poderse dirigir a un robot sin controles de ninguna clase, por simple procedimiento telepático o por órdenes de viva voz? Precisaría tener inteligencia casi humana para ello. Y un robot, por perfecto que sea, siempre será eso: un robot…

—Eso es cierto. No creo que lo consiga jamás…

Se encaminó a la puerta del laboratorio. Cuando ésta se abrió, el rostro cansado del profesor Darnell se encaró a Dan. Rápido, el joven le refirió los acontecimientos desarrollados, y una vaga sonrisa de esperanza animó por unos momentos las facciones del sabio.

—Esperemos que sea algo más que un intento —murmuró—. Si esto fracasa, en el futuro sería casi imposible intentarlo otra vez.

—¿Y el robot? —preguntó suavemente Dan.

Darnell movió la cabeza de un lado a otro, con pesimismo. Dirigió una mirada vaga al cuerpo de metal azul, eternamente rígido contra la pared. Luego se movió hacia un cuadro de mandos, en el que los controles se veían rotulados con cifras y signos. Una pantalla rectangular, dividida en cuadriculados magnéticos, se iluminó de vivo tono magenta, al girar un interruptor el sabio.

En silencio Dan Mason estudió al sabio, deslizó la mirada sobre el cuadro de controles, en el que las manos de Darnell estaban manipulando ya activamente, y se volvió ceñudo hacia el ser de metálica contextura y gracioso rostro inamovible.

Ahora, un cambio notable se operaba en él. Los ojos, pupilas rojas luminosas, formaban rápidos movimientos circulares de luz, en espiral, en tanto que sus dos antenas vibrátiles, sobresaliendo en lo alto de su cabeza, como los cuernos de un caracol, temblaban, emitiendo unas ondas concéntricas de azulado fulgor.

Empezó a moverse. Con una pesadez notable al principio, que poco a poco se tornaba en agilidad, extraña e impresionante en un simple mecanismo artificial, creado por el hombre. Sus andares, la forma de oscilar los brazos a ambos lados del cuerpo cilíndrico,

incluso la inclinación de la cabeza, fijando su mirada luminosa en Dan Mason, tenían un algo singular, que jamás robot alguno había logrado tener.

Llegó ante Dan Mason, extendió su brazo derecho, rematado en la tenaza incisiva, dentada, y con una sonrisa Mason le rozó el artilugio, en un remedo de apretón cordial.

—Ese hombre es Dan Mason… —habló de pronto la monótona voz de Darnell, ante un sensible micrófono que hizo hueco y autoritario su tono—, mi mejor amigo «Zero». Tu amigo también, ¿sabes, «Zero»? Dan es nuestro amigo, lo ha sido siempre.

—¿«Zero» le has llamado? —se sorprendió Dan, apartando por un momento la mirada del gracioso y amable robot.

—Sí, es un simple experimento, una prueba. No constituye ni siquiera el número «Uno» de la serie de seres mecánicos que hemos de construir si él resulta bien. Por eso le llamo «Zero». Ahora atiende, Dan…

Movió nuevos controles. «Zero» estaba asintiendo con su cabeza. Luego, un ronco sonido metálico brotó de entre sus labios azules. Dan, asombrado, identificó los ruidos sibilantes susurrados:

—Dan… Mason…, mi amigo…, nuestro… amigo…, siempre…

—¡Cielos! —exclamó Dan, retrocediendo un paso—. ¡«Zero» ha hablado!

—Sí, creo que he logrado darle esa facultad. Pero ¿de qué nos sirve? Mira ahora…

Rápido, llevó la mano al primer interruptor. Lo giró en sentido contrario. La luz roja de las pupilas artificiales cesó, se quedó rígido el cuerpo azul. Terminó toda apariencia de vida y de entendimiento, y «Zero» volvió a ser un mecanismo frío, muerto, incapaz de acción alguna. Un robot en reposo, desconectados sus mandos.

—Atiende, «Zero» —la voz de Darnell, a través del micrófono, seguía siendo monocorde, autoritaria y viva—: Es tu amigo, nuestro amigo… ¿Entiendes? ¿Entiendes, «Zero»?

«Zero» no parecía entender nada de nada. Sus inertes ojos miraban a Dan como podían mirar la pared. La rigidez de su figura, metálica era la misma de antes. No demostró reaccionar de ningún modo.

—¿Lo ves? —se desalentó Darnell, apartándose de los controles

con aire abatido—. Es un robot como todos. Controlado, funciona a la perfección. Sin mandos, no es sino metal, con delicados instrumentos sensibles en su interior, sordos y mudos a toda razón.

—Los robots no hablan, ni siquiera controlados, profesor —objetó Dan, mirando con cierto respeto al bueno de «Zero».

—Bien, admitamos ese progreso mecánico. ¿De qué sirve? No creo que al Amo pudiera impresionarle un ejército de muñecos parlanchines, si con sus armas y su control magnético podía neutralizar su acción. En todo caso, los reduciría a chatarra inútil.

—Yo nunca le alenté en la empresa, profesor —dijo gravemente Dan—. Ni su hija tampoco. Ni Calloway. Todos estábamos de acuerdo en que era una idea disparatada pretender dotar de cerebro independiente a un robot. Era como crear nuevos seres vivos, producir máquinas completamente racionales. ¿Dónde estaba ese hipotético cerebro, profesor?

Darnell pareció a punto de replicar, de decir algo. Pero se detuvo, mordiéndose los labios con ira. Luego, admitió de mala gana:

—No lo sé, Dan, amigo mío. Por un momento creí saberlo, estuve seguro de haber dado con él medio… Pero luego he comprobado mi fracaso, el error en que estaba. Ningún muñeco puede «pensar por sí mismo». Está fuera del alcancé de nuestra ciencia hoy día. Lo admito…

La puerta del fondo, se abrió. Calloway apareció en ella con una serie de objetos sobre una bandeja de metal, que dejó en una de las largas mesas del laboratorio, Miró a Dan sin demasiado entusiasmo, y le saludó con una vaga sonrisa que sus ojos verdes no compartieron.

—El «Proceso Y» está hecho, profesor —dijo mostrándole un tubo de ensayo con una materia gris, espesa y plomiza.

—Bien, déjelo allí, Calloway. —Cansadamente, Darnell se mesó sus cabellos grises y se apartó de la mesa de trabajo tomando a Dan por el brazo—. Voy a descansar ahora. De todos modos, no creo que eso resulte tampoco, y siento fatiga, mucha fatiga… Nuestro amigo «Zero» no es nada, nada en absoluto… Un simple trozo de metal sin alma… Vamos, Dan; temaremos algo con Ruth, si ella ha terminado ya de pasar mis notas en limpio al fonorrelator. ¿Viene usted, Calloway?

Éste negó:

—Más tarde, profesor. Creo que tendré trabajo durante algún tiempo…

El profesor asintió.

—No se retrase mucho, amigo mío —le aconsejó Darnell con amplia sonrisa—. Nuestro amigo Dan ha dejado Metrópolis 1, algo revuelta esta noche… La rebelión ha empezado. Pronto sabremos los resultados.

—¿Es posible? —se asombró Calloway, mirando incrédulamente a Dan, como no dando crédito a lo que le acababan de relatar.

—Lo es, Harry —rió Dan Mason—. El Poder Central empieza a tambalearse… Tarde o temprano caerá.

Salieron del laboratorio. Una vez a solas, Calloway se quedó pensativo, con su amplia frente despejada llena de hondos surcos de preocupación. Examinó el líquido gris de aquel recipiente de vidrio, luego estudio la inmovilidad de «Zero», en el centro de la estancia, y por último su mirada, verdosa se fijó en la puerta por donde habían salido Darnell y Mason. Sus ojos centellearon.

—Siempre él, el superhombre —musitó a flor de labio—. Dan Mason en todas partes, a todas, horas… ¡Oh Dios, cómo le odio!… ¡Cómo le odio!…

Golpeó la mesa con el puño cerrado.

Los ojos granate, fríos e inermes, del rígido «Zero», parecían clavarse en él, en su espalda, como si su mecánico dueño fuera capaz de entender algo de las pasiones ocultas de aquel hombre hermético, singular y rencorosa, que era Harry Calloway.

CAPÍTULO II

PERVERSIDAD



a situación en Metrópolis 187 debía de ser muy confusa. Las estaciones de teledifusión no funcionaban, los radioinformes provenían de todas partes excepto de la cercana ciudad, y ninguno de ellos hacía la menor alusión a que la situación en la Tierra fuese anormal.

En cambio, se extendían en largas referencias al proyectil interplanetario que iba a ser enviado en breve desde la base de Venus, en dirección a Plutón. Sería la primera vez que una nave astral trataba de llegar al lejano y misterioso planeta, y su misión era científica. El proyectil se consideraba como el de más poderosa energía propulsora, capaz de crear velocidades fabulosas, que unos siglos atrás, a causa de las teorías erróneas de científicos que se creyeron infalibles, hubieran sido consideradas imposibles. Pero todos aquellos principios, aparentemente inamovibles, sobre la

necesaria masa y energía infinitas para sobrepasar los cuerpos la velocidad de la luz, eran puras antiguallas. El descubrimiento de energías muy superiores a la nuclear habían abierto el camino. Incluso el sistema de fotones, único factible para trayectos intergalácticos, iba considerándose superado por nuevas formas y nuevas, y extrañas energías propulsoras de inmenso poder.

Por eso el Amo lanzaría aquel vehículo a los confines del sistema solar. Dan Mason y Darnell sabían lo que significaba el intento: el primer paso para llegar a mundos más remotos, a sistemas solares lejanos y a estrellas posiblemente habitadas, en nebulosas infinitamente lejanas. Siempre el afán de conquista, la sed de abarcar más.

—Mientras se piensa en conquistar Plutón para los terrestres, la Tierra no nos pertenece siquiera —observó sarcásticamente Dan, apoyando su enérgico rostro entre ambas manos, con la vista fija en la pantalla que reflejaba la visión remota de un portavoz personal del Amo, dirigiéndose al pueblo de Metrópolis 1, capital de la Tierra.

—Si nuestra rebelión triunfa, es posible que ese proyectil le sirva al Amo para huir lejos de nuestro alcance, a los confines del sistema solar —objetó pensativa Ruth.

—No me sorprendería mucho. Es tanto lo que ignoramos de todo… El Amo puede tener incluso aliados en otros planetas habitados, sin que jamás hayamos sido nadie informado de ello, y reclamar su ayuda para dominar de nuevo el mundo.

—Sería demasiado horrible. No creo que llegue a tanto su poder… —Se asustó Darnell.

Siguió un largo silencio. Todos se sentían inquietos, y Calloway sugirió que iba a retirarse a dormir. Dan Mason se hizo solidario de la idea, igual que Ruth. Y unos momentos más tarde, todos se retiraban a sus habitaciones en el refugio subterráneo, dispuestos a aguardar los acontecimientos del siguiente día, que marcarían posiblemente el curso a seguir por la rebelión de los habitantes de la Tierra contra su tirano dueño.

Durante más de un par de horas el silencio reinó en el refugio. De repente, la puerta del dormitorio de Darnell se abrió silenciosamente, sin necesidad de que nadie la tocase, como todas las puertas de aquella vivienda. El profesor Elmus Darnell salió de

la estancia, avanzando con sigilo hacia el laboratorio.

No produjo ruido alguno. Una vez ante la puerta del laboratorio, volvió a mirar en torno suyo no descubriendo la menor serial de vida. Todos dormían.

Sonrió en la penumbra, con aire jubiloso. Luego llegó a la entrada, que le fue franqueada automáticamente, y se encerró en su gabinete de trabajo, bajo la mirada indiferente de su robot.

Avanzó en derechura a la bandeja metálica donde reposaba el tubo de ensayo con la materia de color grisáceo. Lo tomó con mano firme. Luego, se volvió al impasible «Zero».

—Bueno, amiguito, vamos a intentar la prueba final. Si esto no resulta, lamentaré tenerte que destruir mañana mismo…

Sus palabras sonaron susurradas, burlonas, en el silencio hueco del laboratorio. El robot no podía responderle. Darnell avanzó hacia él, sabiendo que aquel trascendental intento, hecho a escondidas de todos, en el más absoluto secreto, era él último.

De él dependía la victoria o el fracaso, la esperanza o la derrota.

Estaba tan abstraído, tan hundido en su gran empeño, que no pudo percibir el rumor de tenues pasos al otro lado de la puerta del laboratorio, el paso de una sombra furtiva ante la misma, para dar un amplio rodeo y entrar en la galería posterior por otro acceso, aproximándose así a la puerta trasera del laboratorio…

* * *

Temblándole las manos de excitación, Elmus Darnell se apartó del robot. Todo seguía aparentemente igual. «Zero» era el mismo gigante metálico, de más de dos metros de altura, con el rostro de ingenua inexpresividad creado en metal, y los rígidos miembros sin vida.

El profesor, sin embargo, acercóse al cuadro de controles, pero sin manipular ninguno de sus mandos. Por el contrario, desconectó dos electrodos unidos por un doble conducto, y regresó junto a su obra. Aplicó ambos electrodos a las sienes metálicas de «Zero». Luego bajó la mano, estremecida de emoción, hasta el centro del pecho de azul y bruñida dureza, donde destacaba un saliente con la forma de un cero, en cuyo centro había un círculo metálico, de tono más oscuro y opaco. Darnell presionó allí ligeramente; luego lo hizo

girar sin ruido y sin esfuerzo dos veces hacia la izquierda.

Una sacudida interior en el robot marcó el paso de la energía por sus delicados mecanismos, y empezaron a zumbar suavemente los electrodos aplicados a sus sienes.

Como en una vetusta historia de terror, la creación artificial del profesor Elmus Darnell empezó a cobrar vida. Un novísimo Frankenstein, que no perseguía crear monstruos, sino superhombres de metal con energía y mente propias…

Echóse atrás, centelleándole los ojos, en espera del resultado. Sin conexión a parte alguna, sin mandos directos, sin corriente o energía magnética, «Zero» estaba reaccionando ya…, «empezaba a moverse»…

—¡«Zero», tienes que moverte! ¡Tienes que pensar, tienes que hablar!… —susurró roncamente Darnell, con expresión de alucinado, mirando a su creación sin respirar.

Y «Zero» se movía… Sus ojos, como dos rubíes heridos por la luz, comenzaban a brillar, a describir círculos concéntricos que parecían dar vida, expresión a su rostro de metal…

—¡No…, no es posible! —gimió roncamente Darnell, a punto de estallar en sollozos, aferrando sus sienes con energía, presionándose la cabeza, al borde del frenesí—. ¡Lo he logrado…, lo he logrado!…

«Zero» estaba levantando una de sus espantosas tenazas metálicas que tenía por manos, estiraba sus brazos de metal flexible hacia Darnell. Éste, resuelto, extendió también su mano hacia él…

—Dan… Mason… mi amigo… nuestro amigo… siempre….

¡Era increíble, fantástico! ¡No sólo estaba hablando, modulando sonidos metálicos, sino que «recordaba»; estaba evocando lo que dijera aquella misma noche bajo la acción de los mandos magnéticos…!

—Dios mío… —jadeó Darnell—. También… también «tiene memoria»…

—«Dan… Mason… mi amigo…» —comenzó a repetir mecánicamente el robot con aquellos sonidos metálicos, duros y roncos, que escapaban de su boca acerada.

—Oye —le atajó con energía el inventor—. Escucha: tú eres «Zero»… ¿Entiendes? Repite conmigo: tú eres «Zero».

—«Yo soy… Zero…».

—Y yo soy Elmus. Darnell, tu amigo… tu creador… —musitó el

sabio, emocionado hasta lo indecible.

—«Elmus Darnell… mi… creador… mi amigo…» —siguió repitiendo el robot.

Darnell no pudo seguir. Su emoción era demasiado grande, demasiado terrible… Rápido, accionó de nuevo el círculo metálico del torso de «Zero». Cortó el contacto interior del robot.

Se apagaron otra vez sus ojos, cesó de moverse y recuperó su rigidez.

El sabio se encaminó a su mesa de trabajo, sentándose en ella apoyó la cabeza entre las manos y dio libre escape a su emocionado histerismo por lo que había logrado. Un muñeco sin mando a distancia alguna, sin control, sólo accionando su energía interior, era capaz de moverse, de hablar, de «pensar»… y, lo que era más fantástico, de «recordar»… Ningún control electrónico lograría cortar el hilo de sus ideas, lo cual era tanto como haber dado con el enemigo ideal del Amo, con el ser incluso superior al hombre, ya que su mente no admitiría interferencia alguna, una vez estuviera en pleno desarrollo.

Estaba tan abstraído, que no sintió el movimiento de la puerta posterior, a espaldas suyas. Un hombre entró en la sala, avanzando hacia él con lentitud. Sus movimientos eran cautos, furtivos, silenciosos…

Pero no obstante, una de las veces rozó una mesa cargada de tubos de ensayo, retortas y probetas, y el tintineo del cristal atrajo la atención de Darnell. Alarmado, se volvió en redondo, miró hacia atrás…

En el acto se calmó.

—Ah, es usted… Mi querido amigo, tengo algo magnífico que referirle…

Se detuvo. Había algo raro en el rostro familiar, tan conocido. Algo siniestro en los ojos que no se apartaban de él, en la mano oculta bajo la bata…

—Pero… ¿qué le ocurre? —indagó, preocupado—. ¿Qué es lo que le pasa…?

El visitante extrajo la mano de su bolsillo. Algo centelleaba en ella.

—¿Qué hace con eso en la mano? ¿Qué pretende hacer…? —balbuceó Darnell, irguiéndose, alarmado.

Extendió las manos al no recibir respuesta del otro. El objeto centelleante silbó, una punzante aguja, como disparada por una cerbatana terriblemente eficaz y activa, partió hacia Darnell, penetró en su corazón, produciéndole un agudo dolor inmediato. Quiso gritar y tan sólo partió de su boca un sollozo ahogado.

Luego, le faltó el aire, la respiración y el aliento. La sangre pareció petrificarse en sus venas, un frío rápido y mortal invadió sus miembros. Se derrumbó de bruces en tierra, derribando el banquillo de materia vidriosa donde se sentaba.

Su agresor rió duramente entre dientes. Inclinóse sobre él, le volvió bruscamente boca arriba y abrió su blusa de material plastificado, encontró su piel, sobre el corazón. Tras la aguja, la carne y la epidermis habíanse vuelto a cerrar, cubriendo por completo el insignificante orificio producido por la aguja mortífera. El asesino sabía que, una vez dentro del corazón, el arma del crimen se desintegraba unos segundos después de herir y de matar. No dejaba rastro, se diluía, mezclándose con la sangre. Ningún ser humano podría jamás suponer que el profesor Elmus Darnell había sido asesinado.

Era el crimen perfecto. Sin huellas, sin error posible. La muerte provocada, pero dejando el rastro de un simple fallo cardíaco.

El criminal, satisfecho, ocultó de nuevo su terrible y reducida arma. Volvióse lentamente hacia «Zero», el «robot» que seguía allí rígido, impasible, a pesar de que sus apagados ojos se clavaban en el autor del asesinato, sin verle ni entender nada de todo aquello.

Acaso aunque hubiera estado en funcionamiento, su mente hubiera sido incapaz de concebir la naturaleza de lo ocurrido. La perversidad, el odio, la ambición y el crimen, eran sentimientos demasiado bajos, demasiado humanos, para que un robot llegara jamás a entenderlos…

El culpable de la muerte de Elmus Darnell rió entre dientes. Luego, salió del laboratorio, tras una última mirada a «Zero», la obra póstuma del sabio… de la que nadie sabía aún que había sido lograda.

* * *

Dan Mason regresó del pequeño incinerador donde habíanse

reducido a cenizas los restos mortales de Elmus Darnell. Pasó un brazo afectuoso sobre los hombros de Ruth, sacudidos por el llanto.

—Calma, pequeña —recomendó suavemente—. Ya ha pasado lo peor…

—Lo peor será vivir sin él, Dan… —respondió ella con voz opaca, ahogada—. Éramos como un solo ser. Juntos siempre, luchando por lo mismo, con idénticos afanes y esperanzas…

—Sí, te entiendo —la mirada gris, endurecida, de Dan Mason, se perdió en los muros opalinos de la vivienda secreta—. Era un gran hombre. Hubiera hecho grandes cosas. Incluso ese robot en el que tanto confiaba… De haber seguido viviendo, a la larga hubiera dado con el fruto apetecido. Era demasiado inteligente, demasiado tenaz para fracasar. Pero su corazón no resistía tanto como su mente, Ruth.

—Ha sido horrible, Dan. Todo tan imprevisto…

—Las grandes desdichas siempre llegan inesperadamente. Resígnate, Ruth. Al menos, él ha abandonado un mundo demasiado horrible para sernos grato. A veces, morir es libertarse, es romper unas cadenas demasiado pesadas…

Ruth no contestaba. Seguía sollozando, y Dan enmudeció. El joven sabía cuán inútiles son las palabras de consuelo cuando el dolor verdadero aflige a una persona. Al otro lado de Ruth, Harry Calloway se mantenía silencioso, sombrío, cómo abatido por la imprevista tragedia que le había privado de su superior y compañero de investigaciones. Dan Mason compadecía casi tanto a Calloway como a Ruth, porque el dolor el ayudante de Darnell era más sordo, más interno, pero demostraba tener igual intensidad.

Terminado el breve y conciso ceremonial fúnebre, las cosas volvieron a recuperar su normal apariencia en el refugio subterráneo del profesor Darnell. Calloway se encerró en el laboratorio, pretextando tener que resolver algunos de los problemas de investigación científica que el profesor había dejado pendientes. Mason y Ruth conocían la eficiencia profesional de Calloway en el campo experimental, y le dejaron solo, abismado en sus tareas.

—Ruth… —dijo de repente Dan, parando a la joven cuando ella se dirigía a sus estancias, a hundirse en su propia soledad dolorosa.

Ella se volvió lentamente hacia Mason y le preguntó con

suavidad:

—¿Qué ocurre, Dan? Estoy cansada, necesito un poco de reposo, de alivio…

—Todos lo necesitamos, Ruth. Y no es falta de humanidad por tu dolor, ni tampoco egoísmo de ninguna clase. Pero tengo que hablarte.

—¿De qué? ¿No puede esperar todo eso?

—No. No puede esperar, porque la derrota jamás espera a los derrotados. Llega implacable y amarga, con toda su cruda realidad. Y hemos de afrontarla.

—¿A qué derrota te refieres?

—A la de nuestra causa. A la de todo el mundo que quería ser libre y rehabilitar su destino de esclavitud y de abyección.

—No te entiendo —un ramalazo de terror cruzó las pupilas apagadas de la joven—. ¿Qué es lo que sucede?

—Te he ocultado la realidad hasta ahora, por respeto a los funerales de tu padre, a su incineración y todo lo demás… Pero sería tonto, ridículo e incluso suicida seguir escondiéndonos en nuestro caparazón, en esta concha de tortuga dónde nos protegemos accidentalmente del Poder Central, hasta que un día, por cualquier avatar, seamos descubiertos, batidos, en una palabra, exterminados…

Ella le interrumpió.

—Pero Dan, tú sabes que eso es más improbable, ahora que ha estallado la revuelta…

Ahora fue él quien la interrumpió.

—Y ha fracasado. Ruth, seamos realistas. Hemos de serlo, puesto que nos toca vivir en un mundo de realidades, donde el sentimentalismo, la poesía y el encanto han desaparecido hace ya muchos años, décadas enteras, casi siglos… El Amo ha vencido, Ruth…

—¿Eh? —ella retrocedió muy pálida, ante el grave anunció—. ¿Qué dices?

Él asintió con la cabeza.

—La pura verdad. Es penosa, pero no se debe disfrazar ya. He captado telenoticias de muchos lugares de nuestro planeta, he recogido llamadas de auxilio en los radiovisores, en tanto que tú llorabas ante el cadáver de tu padre y Calloway trataba en vano de

consolarte. La sedición ha sido un fracaso; el sacrificio, inútil; mi esfuerzo, vano… Hemos perdido. El Amo era demasiado poderoso, demasiado despiadado. Aplastó literalmente Metrópolis 187. Sus bombarderos nucleares barrieron los edificios y lugares de resistencia. La luz fría desintegró centenares de hombres y mujeres en rebelión. Hoy, de nuestra ciudad, no quedan sino ruinas, destrucción y soledad sin muertos. Pero todos sabemos que los muertos están ahí, en cualquier parte, convertidos en polvo invisible, dispersos en fragmentos microscópicos invisibles, de átomos aniquilados…

—¡Dios mío! —ella se lamentó con voz quebrada por los sollozos, ocultando el rostro entre las manos—. ¡Es horrible…!

Dan asintió.

—Lamento ser cruel, Ruth, pero no adelantaría nada engañándote. Ésta es la realidad. Me ha dolido mucho la muerte de tu padre, pero otros hombres, cientos, miles de ellos, han perecido también. Y yo me pregunto: ¿cuánto tardaremos nosotros mismos en perecer también?…

—Pero entonces, Dan, ¿qué recurso nos queda ya?

Él contestó ceñudo:

—Sólo uno, Ruth: luchar, luchar por nuestras vidas. Somos, tal vez, los tres únicos rebeldes en toda la Tierra, los tres únicos seres vivientes que piensan por sí mismos, independientes de la red de electrodos magnéticos del Amo. Hemos de conservar esa independencia, ese ser lo que somos. Y hay que huir para ello, correr el riesgo de algún lugar en el espacio, donde otros seres inteligentes puedan ayudarnos, sernos útiles, unirse a nosotros en una guerra implacable contra el mundo del que huimos ahora. Es nuestro único remedio, Ruth…

Ella preguntó:

—¿Pero cómo hacer todo eso? Salir de aquí es morir, Dan. Nos localizarán los detectores del Poder Central, nos acorralarán, querrán vencernos a toda costa, matarnos… Y ¿dónde está el medio de evadirnos a nuestro destinó, de huir de este planeta?

Dan la miró fijamente.

—Yo sé dónde está, Ruth… En los grandes centros astronáuticos del Amo. De allí va a partir un cohete con destino a Venus. Y de Venus… a Plutón, el más remoto e ignorado de nuestros planetas

solares. ¿Quién sabe lo que allí podemos hallar? La vida que en Marte, Venus, Júpiter o Saturno no se encontró, para decepción de los científicos, puede hallarse en Plutón.

Ella le escuchaba asombrada.

—Pero Dan, todo eso suena a fantástico. ¿Cómo podemos llegar a las pistas de despegue de las astronaves, cómo apoderarnos de ellas, cómo llegar a la base terrestre de Venus y cómo, después, llegar a Plutón y vivir en él hasta nuestro hipotético regreso?

Mason hizo un gesto vago.

—Todo eso es una aventura, Ruth. Una terrible y prodigiosa aventura que puede terminar con la muerte en cualquier momento. Pero esperándonos aquí, ¿qué resolvemos? Nada más que adelantar el fin, sacrificarnos en vano. Porque el Amo sabe ahora que hay un hombre que le traicionó, y que ese hombre, que soy yo, se oculta en alguna parte, acaso con otros compañeros. Nos buscará, registrará todo hasta dar con este refugio. Le sobran medios para ello. Y si, entretanto, nosotros atacamos sus bases de proyectiles espaciales, nos apoderamos de uno de ellos, el destinado a Venus y salimos con él, no podrá hacer otra cosa que perseguirnos. Recuerda, Ruth, que la nave astral que va a salir; es la más rápida de todos los tiempos, la última palabra en velocidad superlumínica… y tendrás la solución de por qué hacemos esto. «Nadie podrá darnos alcance jamás…».

—Sería maravilloso huir con él sistema más rápido del Universo, Dan. Pero ¿y el modo de salir de aquí y llegar a Metrópolis 1 sin ser detectados nuestros cerebros por su red de electromagnetos? ¿Y la forma de llegar a la base de proyectiles astrales? ¿Y cómo apoderarnos del destinado a Venus? ¿Y la llegada a Venus y la continuación del viaje, cuando la base terrestre en ese planeta está igualmente controlada por hombres del Amo? Es una empresa de locos, Dan…

—Es posible, Ruth. Pero loca fue la empresa de mantener esperanzas contra el dominio del Poder Central, y sin embargo así lo hemos Lecho. Yo he matado y he abandonado mi puesto en los controles, revelando mi condición de rebelde. No será esto más desesperado ni loco que todo lo anterior. Por otro lado, tengo aún las cápsulas de tu padre. Duran veinticuatro horas durante las cuales la mente se paraliza en apariencia. Es tiempo sobrado para

alcanzar la base de naves de Metrópolis 1, si tenemos la suerte de capturar un «monocohete» de los que ahora invaden Metrópolis 187. A su velocidad, en doce horas podemos llegar allí. Si nos lleva seis o siete capturar el «monocohete», nos quedarán todavía cinco horas para robar el proyectil astral y despegar con él. Fuera de la Tierra, ya no será necesario seguir fingiendo parálisis mental…

—¿Y si esos cálculos tan frágiles fallan, Dan…?

CAPÍTULO III

PROYECTIL AL ESPACIO



etrópolis 187 distaba mucho de ser el conglomerado de verticales edificios azules y grises que todos conocieran antes. En su lugar, en el centro de la gran llanura desértica, tan sólo se elevaban ruinosos montones de hierros retorcidos, torres truncadas y cúpulas que fueran bruñidas y semiesféricas, transformadas ahora en rugosos techos abatidos por la furia desencadenada de la energía termonuclear.

En aquel campo pavoroso de desolación, no había muertos, no existían los cadáveres, porque la terrible luz fría se había encargado de disolverlos, primero en miríadas de pavesas luminosas, y después en la nada absoluta, en la desintegración de todos sus átomos.

Los tres seres errantes que, Ocultándose tras las quebraduras del terreno y en todo accidente propicio a servir de refugio, llegaron a sus límites aquella noche fría y estrellada, de inmenso y pavoroso

silencio mortal, sólo quebrado por ronroneo de motores aéreos y el torvo planear de los «monocohetes» bombarderos del Amo por encima de las ruinas, estudiaron con ojos sombríos el panorama atroz que se les ofrecía.

—Es espantoso —musitó, estremecida, Ruth Darnell.

—Vamos, cálmate, Ruth —respondió roncamente Dan Mason—. Y recuerda que así terminará toda la Tierra, si no podemos pronto apuntarnos una victoria rotunda sobre el Amo. Calloway, ¿cree que podrá correr con «eso» a remolque?

Harry Calloway asintió, confiado. A su espalda portaba una alargada caja metálica, en cuyo interior viajaba lo único que no quiso dejar tras de sí, en el refugio de Darnell: «Zero», el robot fracasado del profesor, el cuerpo inerte de metal… Un sistema de ruedas silenciosas y un cable unido a la cintura del ayudante de Darnell, permitía a éste conducir tras de sí el objeto.

—Bien, entonces vamos a situarnos en cualquier punto estratégico —indicó Mason—. Conozco el sistema de los conductores de «monocohetes». Planean durante un par o tres de horas y, finalmente, toman tierra en cualquier lugar, para elevarse cosa de media hora después.

—¿Cree que vamos a caber en un aparato de una sola plaza? —objetó Calloway.

—Es posible que sí. En todo caso, nuestro simpático «Zero» será quien habrá de quedarse en tierra, si las cosas se presentan difíciles.

—¡Eso nunca! —replicó tajante, Calloway—. Si él se queda, será conmigo, Mason. No estoy dispuesto a dejar abandonado lo que más amaba el profesor, aquello en lo que ambos hemos trabajado años enteros…

—Ignoraba que usted tuviera parte alguna en esas investigaciones —replicó secamente Dan.

—Pues así fue. Y acaso algún día logre dar yo con el secreto que el profesor buscó en vano… —arguyó, lleno de soberbia Calloway.

—Está bien, le deseo suerte en ello —fue la agria respuesta de Dan, dando por zanjada la cuestión—. Pero de momento, sólo dificultades nos traerá ese impedimento… En fin, escuchen ahora lo que voy a decirles a los dos: hemos tomado las cápsulas del profesor hace una hora. Eso quiere decir que disponemos de veintitrés horas para alcanzar el espacio interplanetario. Ustedes mismos se darán

cuenta de que el tiempo es precioso para nosotros. Una vez pasado el efecto de las cápsulas, cualquier detector del Poder Central dará fácilmente con nosotros, localizándonos a los aparatos destructores del enemigo.

—Entiendo —murmuró Ruth—. ¿Y cómo vas a capturar un «monocohete», sin medios?

—Eso es lo que vamos a ver ahora —sonrió Mason, confiado—. No os mováis de aquí hasta que os dé yo un aviso especial. ¿Entendido?

Asintieron los dos. La mirada serena de Calloway, tras sus gafas y la inquieta de Ruth Darnell, siguieron al joven del uniforme plateado, en tanto que éste se deslizaba agazapado entre las ruinas, hacia uno de los amplios claros de la ciudad que fueron antes plazas o avenidas, geométricamente trazadas por la superarquitectura moderna.

Tuvo que eludir varias veces, parapetándose velozmente tras las ruinas metálicas, el fulgor rápido y deslizante de los focos aéreos que registraban el panorama, en busca de cualquier signo de vida en la población rebelde. Aunque sus electrodos no registraran presencia alguna de seres independientes al poder del Amo, no enseñaba de cosa alguna y rebuscaban en los más ocultos rincones.

Dan Mason alcanzó al fin una enorme, vastísima plaza octogonal, que le era harto conocida, el centro geométrico de Metrópolis 187.

Estaba planeando un «monocohete» de rojo fuselaje bruñido, alas de plata, en forma de alcotán, y aguda proa blanca. Tomó tierra al fin, en lo que fueran arriates verdeantes, alimentados por cultivos artificiales. Los ojos de Dan, tras el parapeto de una abollada y reblandecida cúpula color cobre brillante, siguieron ávidamente el vuelo rasante de la nave, hasta que se posó; blandamente en las hierbas desintegradas por el bombardeo atómico de la ciudad. Instintivamente, su mano aferró el proyector de luz fría que llevaba al cinto. Pero rápidamente lo dejó, recordando que si quería seguir pasando inadvertido para las patrullas que, por miles, invadían los cielos, tenía que ser cauto, no acusar su presencia con armas flamígeras ni explosiones de ninguna clase.

Vertiginoso y en absoluto silencio, se deslizó por detrás de una

torre que parecía chocolate derretido, tras el bombardeo termonuclear, bordeó, unas murallas metálicas rugosas y torcidas, y apareció en la plaza de forma octogonal, exactamente por detrás de aquel «monocohete» y de su único conductor, que ahora abría la cabina mecánica, saliendo al exterior con una potente luz azul en sus manos, con la que barrió en torno suyo el terreno.

Dan se lanzó a tierra, aplastándose materialmente contra ella cuando el primer fulgor azul hirió sus ojos. Luego, el foco pasó por encima de él, sin localizarle. Pudo ver el casco blanco, con los electrodos aplicados a las sienes, sobre la cabeza del piloto.

Rápido, lanzóse un segundo después, fuera de su refugio. El piloto le estaba dando la espalda. Saltó como un tigre sobre ella, abatiéndole de bruces bajo su peso. Hubiera podido matarle, rápida y silenciosamente. Pero esto era un crimen, porque aquel piloto no era sino un autómata más, ajeno a su propia esclavitud, en manos del Amo, Por el contrario, en tanto que se debatía, escapándose, de su mano el cilindro proyector de luz azul, Dan le asestó un mazazo con su puño sobre la nuca. El atacado gimió, retorciéndose.

En el acto, Dan procedió a arrancarle el casco con rápido ademán, y sin pérdida de tiempo se lo aplicó a sí mismo. Sintió la corriente punzante y obsesiva de los electrodos en funcionamiento, pero el efecto paralizante de las cápsulas de Darnell evitaban que su cerebro fuera fácil presa de la energía dominante del Amo. Por el contrario, en apariencia era controlada ya, mientras su mente seguía independizada y clara, pensando por sí misma.

A sus pies, el piloto habíase desvanecido. Rápido, Dan se irguió, tomando entre sus brazos el cuerpo, que metió dentro del «monocohete», en la carlinga de útiles mecánicos y electrónicos. Después, empuñó serenamente la linterna de luz azul y, barriendo el terreno con ella, fue patrullando en torno a la plaza, rodeó las ruinas y se acercó adonde le esperaban Ruth y Calloway. Antes de llegar, hizo mover el foco azul, transmitiendo en la noche puntos y rayas luminosas, en código Morse.

Raya, punto, punto. Punto, raya. Raya, punto:

D-A-N.

Luego: Tres puntos, raya. Punto. Raya, punto. Dos puntos. Raya, dos puntos: VENID.

Ellos entendieron. Rápidamente, abandonaron su refugio,

caminando parapetados en los escombros de metal. Ruth tenía que acortar el paso, para esperar a Calloway, que arrastraba consigo la carga pesada de su «robot». Dan juró por lo bajo. Después, se reunieron con él, iluminados los rostros por una común sonrisa de esperanza, y Dan señaló el cohete rojo con premura:

—¡Arriba, pronto! ¡Calloway, meta el «robot» en el compartimento de atrás, con el piloto!

Yo conduciré. Usted y Ruth, acomódense como puedan detrás de mí. ¡Deprisa!

Corrieron hasta el «monocohete» de fuselaje escarlata y subieron a él sin perder un momento. Treinta segundos más tarde, el aparato despegaba, mezclándose con los demás aerocohetes que planeaban sobre la ciudad. Dan, situado firmemente ante las ruinas, para aparentar normalidad. Después, en la última de las vueltas, lejos ya del resto de la flotilla, movió el control de dirección, enmendó la curva hasta lanzarse en línea recta hacia el Norte… y de ese modo iniciaron el viaje hacia Metrópolis 1, la capital de la Tierra, centro geográfico y político de un mundo nuevo, sometido al Poder Central.

Doce horas bastarían para llegar allí. Después… ¿qué les esperaba? Eso constituía una pavorosa, terrible incógnita…

* * *

Era un hermoso cuerpo plateado y negro, erguido hacia las alturas, apuntando al azul como un gigantesco lápiz de metal. Bruñida su punta de plata, igual que las plateadas aletas o turborreactores a superfotones, que lo mantenían de pie sobre la vasta superficie de lanzamiento. Debajo, pululaban cuerpos vivientes, como reducidas hormiguillas rojas y azules, según el color de sus uniformes refractarios, moviendo engranajes y plataformas, accionando los últimos detalles del «Intergalaxia», el más potente, ultrarrápido y portentoso de los aerocohetes lanzados al espacio. Iba destinado a Venus como estación intermedia. Después, lo desconocido engulliría su enorme cuerpo agudo, centelleante, de negro cuerpo bruñido, en el que se abrían cuatro circulares ventanas de transparente supervidrio, capaz de tolerar toda presión y toda fuerza.

Lejos, alrededor de la pista de lanzamiento, los tinglados, naves y torres de control de Metrópolis 1, esperaban ansiosamente el momento de lanzar al cénit aquel orgulloso cuerpo brillante, que había de alcanzar Plutón, como primer paso hacia lo ignoto, hacia la negrura interestelar primero, hacia la intergaláctica después, rebasados los límites de los ¡quince mil millones de kilómetros de altura! Sobre la superficie terrestre.

El «Intergalaxia» era capaz de eso; se había comprobado teóricamente ya, en los grandes centros de experimentación del Poder Central. Por eso se le enviaba ahora, en un primer viaje, a otros espacios, lleno de riesgo tal vez, pero también de soberbia conquista de lo inaccesible.

Faltaban aún unas horas para despegar. La rebelión de Metrópolis 187 había sido la causa primordial de la demora en saltar a los espacios ultraterrestres. Pero ahora, aplastada la sedición de aquella ciudad rebelada, todo estaba listo para conquistar lo inconquistado, para llegar adonde ningún ser humano llegara jamás.

Se acercaba el momento de amanecer. Cuando el sol surgiera por el horizonte, ya estaría el «Intergalaxia» en las alturas, rebasando las velocidades lumínicas que, hasta dos siglos atrás, fuera imposible alcanzar, por aferrarse los humanos a las teorías einstenianas. Teorías que, si bien fueron inamovibles hasta entonces, se echaron por tierra al dar el Hombre un paso definitivo en la conquista de los mundos con el hallazgo de una nueva energía superior a todas las imaginadas, y resolver los problemas que retenían al ser humano fijo en un lugar de su espacio y su tiempo.

Los superfotones, que así fue denominada la nueva energía, iban a proyectar a distancias inmensas a la nave actual. Distancias que, en otro tiempo, de ser factible su alcance, hubieran requerido años, siglos tal vez. Ahora, el «Inter-galaxia» podía llegar incluso al millón de kilómetros por segundo. ¡Un millón por segundo!, cuando los superfotones obraban a toda presión, y que dentro del cuerpo metálico, adaptado a esa velocidad por complicados sistemas de presida y descompresión, apenas si ejercían sobre la humana naturaleza efectos propios de las velocidades de los cohetes del siglo XXI.

—Todo listo, señor —anunció un piloto de rostro frío y

totalmente inexpresivo, al hombre sentado ante el cuadro central de mandos de la gran nave, y ante cuyos helados ojos color ámbar, se extendía la oblonga pantalla televisora, que iría ofreciendo a los ocupantes de la nave la visión estelar deseada—. ¿Está usted preparado?

—Si —asintió el jefe de la tripulación, volviendo sus ambarinos ojos impasibles hacia los otros dos operadores de la nave—. ¿Están todos arriba ya?

—Sólo faltan los tres encargados de la cabina meteorológica, señor —informó el piloto—. Parece que ahí vienen ya, con sus útiles de medida de los climas y temperaturas interestelares…

En efecto, tres figuras, vestidas con pesados trajes espaciales, de presión adaptada a las supervelocidades del «Intergalaxia», en tonos azul, blanco y rojo, respectivamente, y cubiertas sus cabezas por redondas escafandras de iguales tonos, en las que sólo una estrecha mirilla vitrificada permitía distinguir vagamente sus ojos, avanzaban ya por la fabulosa pista de cemento, hacia la nave. La última de las figuras, aquella que lucía el traje a presión de color rojo, arrastraba ante sí un oblongo estuche metálico, al que se había adaptado un rodamiento a bolas rápido y eficaz.

Llegaron bajó las cuatro enormes aletas de la nave, se abrieron las compuertas, al dar el hombre de azul que iba delante las palabras que constituían el «santo y seña» para tener acceso al «Intergalaxia», y un momento después entraban los tres personajes y su carga en el proyectil a punto de despegar.

En el horizonte Oriental, el azul frío de la noche iba aclarándose de un lívido tono violáceo, poco a poco más claro y brillante. El faro rojo de la torre central de mando, guiñó su luz tres veces.

El hombre de ojos color ámbar, sentado ante la pantalla visora y los mandos, se ciñó con serenidad un doble cinturón blanco a la cintura y hombros. Luego, su cabeza se reclinó sobre el asiento de metal y éste, mecánicamente, aferró sus sienes con unas abrazaderas bruñidas, que sujetaron firme y blandamente su cabeza al respaldo.

—Imítenme todos —ordenó secamente, sin mirar a sus subordinados.

Estaba contemplando, reflejada en el vidrio de la pantalla visora, a la sazón sin funcionar, la puerta de entrada a la carlinga. Los tres

personajes de rojo, azul y blanco, entraron sin pronunciar palabra. Le miraron al pasar de largo, camino de otra puerta circular, situada al fondo de la cabina, en cuyo blanco metal se leía: «Meteorología».

El hombre de fríos ojos de ámbar les siguió con vaga mirada, vio cerrarse la puerta y se volvió entonces a los demás pilotos que le rodeaban, en número de cuatro. Cada uno de ellos, también, lucía un uniforme de color diferente: siena, negro, amarillo y naranja. El del hombre de ojos ambarinos era verde. Se encasquetaron unas escafandras iguales a las que lucían los meteorólogos, y luego volvieron a reclinarse, para que las abrazaderas aceradas cerrasen sus sienes con fuerza. Así, inmóviles, esperaron.

Dentro de la cabina meteorológica, el hombre de azul había accionado un microrreceptor y una pantalla visora que le permitía apreciar el exterior. Por el altavoz les llegó la voz del piloto jefe de a bordo, el hombre de ojos ámbar:

—¿Dispuestos todos?, profesor Waksam —dijo una metálica voz dura.

La pregunta era hecha a los meteorólogos.

—Dispuestos, señor —contestó parcamente la voz del hombre vestido de azul, en tanto que tras un breve examen de los tres asientos de la reducida cabina, indicaba a cada uno de sus compañeros la forma de sentarse y adaptarse a ellos, sólo por señas.

Así lo hicieron.

Luego, un silencio dramático, denso, se hizo dentro de la nave astral.

Pasaron unos minutos.

La claridad en el horizonte se intensificó. La torre de control guiñó ahora la luz roja durante diez veces. Después de eso, se encendió una deslumbrante luz verde.

Era la última señal.

En toda la pista gigantesca de despegue, se hizo el vacío, al correr los empleados lejos del cuerpo que apuntaba al cielo. Una terrible sacudida movió el cuerpo negro y plata del «Intergalaxia». Los reactores empezaron a vibrar sordamente.

El aparato estaba en marcha.

Después, cuatro saetas de luz azulada, lívida, marcaron el despegue, en medio de una polvareda tremenda. Se resquebrajó el

suelo de duro cemento, temblaron los tinglados y torreones metálicos, fue tal el temblor de los cristales de los pabellones, que llegaron a quebrarse en mil pedazos…

Los hombres se protegieron los oídos.

Un ruido terrible lo conmovió todo… Era un sonido espantoso.

Y el «Intergalaxia» se elevó hacia el azul, perdióse en las estrellas, antes incluso de que nadie tuviera tiempo material de levantar los ojos para verlo.

Sólo las cámaras lo filmaron.

A una velocidad cercana a los trescientos mil kilómetros que por segundo recorre la luz, el proyectil partió en dirección a Venus, adonde llegaría en menos de una hora. Desde allí, los superfotones entrarían en acción, ampliando esa velocidad a términos increíbles, y con ello su alcance posible en los infinitos espacios interestelares…

Mientras tanto, dentro de la cabina neumática, donde tenían que vestirse los tripulantes de la espacionave, allá en la Tierra, tres hombres, fuertemente ligados y amordazados, pugnaban por soltarse de sus amarras para revelar a las autoridades del campo de despegue la suplantación llevada a cabo a bordo del «Intergalaxia»…

Eran los meteorólogos auténticos.

Pero aún transcurrirían varias horas hasta que se supiera en el Poder Central que los tres meteorólogos subidos al proyectil interestelar, no eran sino tres usurpadores, tres personas desconocidas que habían logrado penetrar en la base sin ser identificadas ni controladas, y que habían reducido a la impotencia a los verdaderos tripulantes, ocupando impunemente su puesto a bordo.

Quiénes podían ser los intrusos, era algo que nadie sería capaz de imaginar, minutos después desapareció velozmente a sus espaldas, como engullida por la negrura.

CAPÍTULO IV

ORDEN: MATAR



inco minutos de vuelo… —informó, monótona la voz, uno de los cuatro copilotos.

El jefe de los mandos no contestó. Estaba mirando fijamente la enorme faz blanca que ahora desfilaba ante ellos, y que minutos después desapareció velozmente a sus espaldas como engullida por la negrura.

Habían rebasado ya la Luna. Con sus viejas bases terrestres, apenas útiles ya, con sus grandes campos de castigo, para los desterrados a perpetuidad por delitos comunes. El blanco satélite sin atmósfera se perdió en la distancia, igual que la esfera azul verdosa, cubierta de brumas, que era la Tierra.

—Todo bien —repuso a su vez otro de los pilotos.

—Comuniquen con la cabina meteorológica —susurró el jefe de mandos de a bordo, clavando sus pupilas en la pantalla oblonga,

donde se distinguía ya el negro cielo tachonado de estrellas, y como objeto inmediato de su viaje la forma borrosa de Venus, con su atmósfera de anhídrido carbónico y escaso oxígeno, adaptada va a los pulmones humanos, gracias a los colosales transformadores atmosféricos trasladados allí tiempo atrás. Añadió después—: Pregunten si todo va bien dentro de las cámaras automáticas de a bordo y conservamos la presión y clima calculados.

El operador de su derecha hizo la pregunta. Respondieron de la cámara meteorológica. El informe, satisfactorio y conciso, le fue transmitido al jefe de mandos.

—Todo va bien por ahora, señor —fue el resumen del informe colectivo de a bordo.

Seguía el viaje a través del espacio, aunque en apariencia, la falta de puntos de referencia hiciese parecer inmóvil en el vacío al vertiginoso proyectil plata y negro que ascendía a los límites del sistema solar.

Entre tanto, dentro de la cabina meteorológica…

—Bien, creo que estamos a salvo ya —dijo Dan Mason, despojándose de la escafandra, y mirando alrededor suyo con cautela.

—Cuidado, Dan —le reprendió Ruth—. Pueden entrar en cualquier momento, y…

—No lo harán. Están demasiado atentos a las rutas y mandos de la nave —miró a Calloway, que le imitaba, quitándose le molesta esfera de metal de su cabeza—. Hemos cortado los micrófonos con esta cabina, de modo que no pueden oírnos. Y acaso tarden en saber lo ocurrido a los meteorólogos. Fue una suerte que diéramos con ellos al buscar el medio de entrar en la base, y su propio vehículo nos permitiese ocultarnos hasta el interior de la misma, una vez conocido su santo y seña en la entrada, todo era cosa sencilla. Y así ha resultado, a pesar de la pelea con los tres individuos…

—Aún me duelen los puños —comentó, con una sonrisa Calloway—. No me lo recuerde…

—Pues ahora va a ser preciso volver a entrar en acción. Y mucho me temo que esta vez hayamos de ser más implacables que nunca: Nuestra cápsula está a punto de dejar de hacer sus efectos. En cuanto esto ocurra, las ondas mentales que emanamos llegarán a los controles de la nave y seremos descubiertos, significando la muerte

inmediata. Ya habéis visto que sólo hay cinco tripulantes a bordo, «y que ninguno de ellos lleva casco con electrodos». Eso quiere decir que son leales al Amo, directos colaboradores suyos, puesto que la misión es harto delicada. De modo que «hay que matarles». A los cinco. Sin piedad alguna, porque son enemigos nuestros, y éstos son de los que obran «conscientemente», a favor del Poder Central. Esta lucha «es a muerte»…

—Entendido —asintió Calloway, esbozando una sonrisa de júbilo y extrayendo su proyector de luz fría, decidido a todo.

Dan le imitó, incluso Ruth, pálida y estremecida de horror, hubo de hacer lo mismo que ellos, cuando las miradas de ambos hombres se concentraron en ella. Por fin, los tres supuestos meteorólogos estuvieron armados y dispuestos.

—Ahora, hemos de entrar ahí sin despertar sospechas —dijo Dan —. Luego, obraremos.

—Un momento, Mason —intervino de pronto Calloway, con brusquedad—. Y si terminamos con los cinco, ¿quién dirige esta nave en adelante?

Un silencio denso siguió a la atinada pregunta. Ceñudo, Dan se detuvo con la escafandra entre las manos, y meditó rápidamente sobre la cuestión. Al fin, resolvió:

—Bien, acabemos con cuatro de ellos. Dejad a uno vivo.

—¿Quién de ellos? —musitó Ruth, temblorosa.

—El del centro parece ser el más capaz de todos. Dirige los mandos y dirige a los pilotos. Nos quedaremos con ése.

—Pero si es un jefe, será hombre de confianza del Amo… —arguyo Calloway.

—Es posible. Lo cual no exime de que sea el más apto, si bien el más peligroso. Sigo opinando que le dejemos a él. Será vigilado estrechamente. Y si intenta algo raro, seguirá la suerte de los demás. Está todo resuelto. ¿Vamos ya?

Asintieron los dos. Ajustaron sus cascos de distintos colores, se miraron entre sí por los visores vitrificados, y luego fue Dan quien primero avanzó, ocultando su proyector de luz fría tras la enorme mano que formaban sus recios guantes espaciales. Así, accionó el resorte electrónico de la puerta, ésta se abrió y Dan apareció en su umbral.

Los pilotos se volvieron hacia él, sorprendidos. Dan, muy sereno,

salió sin inmutarse. Los otros volvieron a sus mandos paulatinamente, desentendidos del asunto. Sólo quedaron clavados en él los ojos de color ámbar brillante del jefe de a bordo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó secamente, sin apartar de él su atención un momento.

—Consultarles sobre una anomalía meteorológica que…

Tras de él, apareció Calloway también. Esto ya hizo recelar algo a uno de los pilotos, que llevó la mano a su cintura. Rápido, Dan mostró en sus monstruosos dedos recauchutados la larga forma metálica del proyector. Gritó algo ronco el hombre de ojos ambarinos, pugnando por entrar en acción.

Un chorro de luz plateada, brillante, alcanzó al piloto que trataba de armarse, y se desintegró, con un horroroso alarido, cayendo sus pavesas brillantes al suelo. Otro de los pilotos se revolvió, aferrando un proyector con mano turne. Esta vez fue Calloway quien le abrasó con su rayo desintegrador, convirtiéndole un instante después en polvo luminoso que perdió sus blancas ascuas poco a poco.

El hombre de ojos de ámbar, con movimientos precisos y rápidos, buscó su propia arma para defenderse, y Dan no le dejó concluir la acción. Rápido, saltó sobre él, descargándole un violento impacto al mentón. El hueso del hombre pareció estallar bajo el puñetazo, y un segundo trastazo, ahora con el proyector, utilizado como objeto contundente sobre la nuca del individuo, le derribó en el suelo inerme.

Dan revolvióse a tiempo contra los dos pilotos supervivientes, que habíanse precipitado hacia sus armas. Éstos no llevaban proyectores de luz fría en la cintura, pero en cambio estaban alcanzando un rifle de granadas termonucleares que posiblemente enviaría al infierno no sólo a los tres compañeros, sino también al «Intergalaxia».

Desde la puerta de la cabina, disparó su proyector Ruth Darnell. Y a pesar de sus nervios y de su instintivo horror a matar, presenció impasible el revoloteo de polvo, candente que había sido, un segundo antes, un hombre lleno de vida. Dan, a su vez, estaba ya arrojando un haz de luz helada sobre el último de los cuatro pilotos, disolviéndole en el terrible polvillo luminoso que al tocar el suelo de la cabina ya no era nada.

—¡Vencimos! —chilló Calloway, jubiloso.

Dan Mason se precipitó junto al piloto caído en tierra, en tanto que sobre la pantalla oblonga se empezaban a ver bailotear los mundos y estrellas, como si el Universo en pleno hubiera empezado una danza loca. Dan sabía lo que eso significaba. A través de las ventanas circulares, la supuesta inmovilidad en el espacio seguía igual. Pero la visora estaba adaptada al vuelo, igual que lo estaba la nave con su gravedad artificial, capaz de mantener en su interior un ambiente y peso iguales al terrestre. Y sobre es pantalla de relativo verismo, se apreciaba ahora el rumbo loco que emprendía la nave al carecer de manos y cerebros que dirigiesen sus mandos.

A las velocidades fabulosas del «Intergalaxia», esto podía ser funesto. Bastaba penetrar en la órbita de cualquier astro o planeta, para provocar un cataclismo aterrador. De modo que sacudió enérgicamente al hombre de ojos color ámbar, y cuando mostró señales de recuperarse y le miró con pupilas dilatadas por el temor y la aprensión, Dan aplicó a su rostro el cañón del proyector y le dijo duramente:

—Vamos, a los mandos enseguida. Si te niegas, irás a reunirte con tus amigos. Es mi última palabra. ¡Deprisa!

Pareció vacilar unos segundos interminables. En la pantalla el baile de los planetas continuaba, cada vez más amenazador. Por fin, el jefe de a bordo pareció resolverse. Irguió su reducida estatura, rematada por la cabeza de ancho frontal y dilatadas sienes nerviosas, clavando sus ojos agudos en la pantalla. Rápido, llevó unas manos largas, sensibles y ágiles, surcadas de finas venillas azules, a los mandos del aparato.

En un momento, la danza estelar cesó, todo pareció cobrar su normal inmovilidad, excepto en la visora oblonga, donde se apreciaba una aproximación paulatina pero ostensible hacia la forma anaranjada de Venus. Más allá, el disco rojo y surcado de canales de Marte, situado en otro punto del espacio, constituía otro punto de referencia sobre la pantalla magnética que era en realidad aquel visor excepcional.

—Bueno, salimos del paso —musitó Dan, enjugándose el sudor del rostro.

—Dios sea loado —agregó a su vez Calloway, respirando hondo.

Ruth no dijo nada. Aún miraba, cómo hipnotizada, al lugar

donde antes estuviera el hombre a quien disolviese, y una palidez de muerte cubría su bello rostro. Anticipándose a Calloway, que le miró con antagonismo sordo, Dan la condujo a uno de los asientos de los pilotos desaparecidos, y examinó cómo se calmaba, tomando una de sus manos.

—¿Estás mejor? —musitó al fin, profundamente interesado.

—Sí, Dan, gracias —sonrió ella, cuya mirada se dirigió a espaldas de Dan.

Éste captó el súbito ensombrecimiento de las pupilas de Ruth, su escalofrío de temor, y se volvió rápidamente. El piloto de ojos de ámbar les miraba, con rara sonrisa.

—¿De qué se sonríe usted? —preguntó con aspereza Dan, acercándose a él.

—De nada, señor —dijo mansamente el hombre. E inclinó los ojos—. De nada, se lo aseguro. Me gusta ver cómo las gentes se hacen el amor. Es un sentimiento que parece sincero en los humanos, cuando obran por sí mismos. Veo… veo que ustedes obran así…

—Sí, renacuajo —masculló Mason, irritado—. Obramos por nuestra cuenta. Sin Amos ni controles electrónicos. Somos «libres», ¿comprende? ¡«Libres», si es que entiende esa palabra un vasallo del Amo!

—Claro que la comprendo —la mansedumbre del piloto era extraña, inquietante, más que lo hubiera sido una actitud violenta —. Yo soy libre, a mi modo. Sólo que he sido siempre un convencido de que el sistema del Amo tiene sus ventajas, de que el hombre es demasiado estúpido y demasiado torpe para ser independiente, y precisa un rector. Como no estaba contra ese sistema organizado y totalitario, no necesitaron nunca aplicarme electrodos o mandos dirigidos. He obedecido al Amo y al Poder Central dócilmente, por mi propia voluntad.

—¡Rata inmunda! —farfulló Calloway, furioso.

—Acaso usted, con creerse mejor porque aboga por otro sistema de cosas, sea más rata y más inmundo que yo, señor —replicó suavemente el piloto, mirándole con fijeza.

—¡Le voy a…! —Y Calloway alzó su mano para golpear al otro, que no pestañeó.

—¡Calloway! —ordenó abruptamente Dan, interponiéndose—.

Es nuestro prisionero. Y a la vez, nuestro piloto. Nadie le tocará en tanto que yo pueda impedirlo. Tiene derecho a defenderse y replicarte, si lo considera oportuno. ¿No abogas por el hombre libre? Pues deja que los demás lo sean también, o todo seguiría igual.

—Gracias —dijo con sencillez el piloto—. No olvidaré su apoyo en esta ocasión, señor. Usted parece inteligente, más que su amigo. Cree que la libertad es la solución de todos los males, la rehabilitación del mundo actual, pero al menos lo cree, sanamente. Su compañero sería otro Amo, si tuviera su oportunidad, con el agravante de que hoy lucha contra él por un mundo distinto y más independiente.

—¿Quién es usted? —interrogó de repente Dan, mirándole con agudeza.

—El jefe de a bordo… hasta que ustedes intervinieron —sonrió él otro—. Ahora, creo que un experto piloto que conoce esta nave y sus secretos, bajo el dominio de unos hombres que controlan la situación del «Intergalaxia». Como verá, ambos nos necesitamos por pura exigencia material. Mi nombre es Alex Master, comandante piloto del Amo, y a la vez miembro de la Presidencia de los Ejércitos Unidos de la Tierra. Un hombre importante… pero en la Tierra, no aquí. El día u hora en que ustedes sepan llevar el «Intergalaxia», mi escasa importancia a bordo habrá llegado a la nulidad total.

—Y entonces, yo mismo le mataré cómo a un perro —silabeó Calloway, furioso.

—Si te dejo yo, ¿verdad, amigo mío? —sonrió con aspereza Dan —. Sigo siendo el jefe.

—¿Lo ve? —Alex Master meneó la cabeza, escéptico—. Los hombres siempre necesitan un jefe. Los hombres somos torpes. Cuanto más duro y absoluto sea ese jefe, tanto mejor.

—Dejemos eso —cortó Dan—. ¿Cuándo vamos a llegar a Venus, Master?

El piloto de palabra suave estudió la pantalla visora. Luego, hizo unos rápidos cálculos mentales, examinando un graduador cuya aguja se movía entre complicadas cifras azules y rojas.

—Dentro de treinta o treinta y cinco minutos, señor —dijo al fin —. A propósito, si hemos de ser compañeros de viaje durante algún

tiempo, creo que debería conocer sus nombres, ¿no le parece?

—Me llamo Daniel Mason. He sido un esclavo, un autómata del Amo, hasta que pude liberarme, gracias a los esfuerzos, de un amigo, el profesor Darnell, cuya hija Ruth es esta joven.

—Una joven muy valerosa —sonrió el piloto, mirándola—. Y muy bella.

Ruth no contestó. Miraba al techo, eludiendo aquellos ojos ambarinos. Dan siguió:

—Y el joven que tanto parece aborrecerle es Harry Calloway, alumno y ayudante del profesor Darnell.

—Elmus Darnell, ¿verdad? —sonrió el piloto, ante la sorpresa de los otros—. He oído expedientes sobre ese hombre en nuestras bandas sonoras de archivo. El Amo le buscaba activamente, pero creo que jamás dio con él. Y veo que es el único que falta en el grupo. ¿Le trajeron consigo, oculto en aquella larga caja de metal con supuestos instrumentos, señores?

Dan contestó:

—No. Allí va su obra póstuma, no lograda por desgracia: un robot capaz de vencer al Amo. Pero ya he dicho que no lo logró. En cuanto al profesor… ha muerto.

—Oh, entiendo… ¿En la destrucción de Metrópolis 187 tal vez?

—No. No llegó a ver eso. Un ataque cardíaco —dijo Dan.

—Lo siento por la señorita. Si el Amo supiera eso, se alegraría mucho… En fin, yo no puedo decir igual, porque su muerte en nada altera mi situación. Soy su prisionero.

—Y nosotros los suyos, en cierto modo —agregó, pensativo, Mason.

—Bien, no deja de ser un consuelo. —Soltó una risita y agregó —: ¿Seguimos a Venus?

—Es temerario. Pero iremos a Venus.

—Es suicida, no temerario. Allí hay gentes del Amo, controles, contacto con la Tierra. Les cazarán enseguida, y su magnífica aventura de héroes habrá terminado tristemente.

—A pesar de todo, iremos a Venus. Y desde allí, saltaremos a Plutón, tal como lo ha previsto. ¿No tendrá que reponer energía propulsora en Venus, Master?

—Es usted muy listo. Es cierto, hay que reponer energía en los reactores. De otro modo, no llegaríamos nunca a los límites de

nuestra galaxia. ¿Se arriesgan a tanto?

—Sí. Usted será nuestro rehén en ese intento. Si nos delata al pedir energía, morirá.

—Puede no importarme la muerte mía, y sí la suya.

—Correré el riesgo. Si es un idealista, morirá por su causa y por su Amo. Si no lo es, seguirá la farsa, para ver hasta dónde llegamos y de qué somos capaces, salvando al mismo tiempo su vida.

—Ha reflejado usted, en cierto modo, mi mañera de ver las cosas. Creo que seguiré con ustedes, por encima de idealismos, y sólo por ver adónde van a parar. Y como usted ha dicho acertadamente, así salvaré mi vida. Para morir siempre hay tiempo. Para ganarles la partida a ustedes, también…

Rió entre dientes, de un modo poco tranquilizador, y se abismó en el mando de la nave. Venus se acercó velozmente a ellos. Dan Mason y Calloway vigilaban atentamente al piloto terrestre y a los mandos del cohete interestelar.

Pero Alex Master no intentó nada durante el viaje. La atmósfera de Venus les envolvió poco después, comenzaron a rodear el planeta en vuelo de circunvalación, cada vez más bajo, y por los altavoces les llegaron órdenes en clave, que Master tradujo con tono tranquilo:

—«Desciendan a 118 grados de longitud norte, por 3b de latitud… Tomen tierra en ángulo de 20 grados… Hagan vuelo rasante, luego adopten la posición vertical apuntando al espacio, centren la gravedad… y suelte los contrapropulsores de oxigeno… Estamos esperando aterrizaje… Todo bien…».

Dan Mason tragó saliva. Muy pálido, inclinóse hacia adelante, imitado por Ruth y por Calloway. Incluso el propio Master hizo lo mismo, tan afanoso como ellos.

Lentamente, obedeció las instrucciones, repetidas por los altavoces. Se ampliaron a medida que la superficie venusina estaba más próxima. Sobrevolaron enormes zonas pantanosas, donde el limo verdoso y grandes reptiles anfibios se retorcían bajo extrañas lianas y una flora de color violáceo lívido; a la luz de un sol mas amplio y abrasador que el terrestre, por efectos de la mayor proximidad de Venus respecto a él. Los noventa y siete millones de millas que separaban al astro rey de la Tierra, se reducían allí a sesenta y siete tan sólo.

El «Intergalaxia» cobró verticalidad sobre unas lomas de vegetación azulina y gris, agonizante, tras la que se extendían zonas desérticas y páramos sobre los que la polvorienta, densa atmosfera, parecía abatirse como una colosal losa de plomo.

Un lejano rectángulo gris se fue delimitando, aclaráronse sus contornos y se distinguió al fin la base terrestre en Venus, una extensión de unas doscientas millas cuadradas, sobre la que pronto se posaría, en vertical sobre sus aletas de plata, el proyectil llegado del planeta Tierra.

—Ahora se juega nuestra carta más difícil —pensó Dan Mason, mirando de soslayo al singular hombrecillo que conducía el aerocohete—. ¿Qué hará ese hombre?

Alex Master era quien podía precipitar su muerte inmediata o permitirles seguir el viaje a Plutón. En sus manos, blancas y surcadas de azules venas, estaba el destino de todos. Incluso el suyo propio, porque Master era demasiado inteligente para no comprender que el delatar a los terrestres de Venus lo sucedido, significaría su muerte también, a manos de sus captores.

Ésa era su singular situación ahora: tener sus vidas a merced de un enemigo, de un cautivo cuyas reacciones futuras no se podían prever aún…

CAPÍTULO V

«ZERO».


a portezuela del «Intergalaxia» se abrió lenta, dramáticamente. En pie, en el centro de la cabina, algo adelantado, estaba Alex Master, con sus documentos fonéticos en la mano, esperando al control venusino que iba a subir a bordo antes de autorizar la salida del proyectil hacia los confines del sistema solar.

Detrás de él con su traje azul y la escafandra puesta, Dan Mason no le perdía de vista. Dentro de sus dedos enguantados, oprimía el proyector de luz fría. A la menor señal alarmante del prisionero, lanzaría el chorro mortífero sobre él. Y Alex Master lo sabía…

Más atrás, Calloway disimulaba su nerviosismo como le era posible, escondiendo con el cuerpo el proyector que tenía sobre el cuadro de controles, en espera de utilizarlo a la primera señal de peligro. Detrás de la puerta de la cabina de meteorología, Ruth

Darnell, también armada, esperaba, tensa, preocupada, angustiado el corazón…

Fueron instantes dramáticos, cargados de peligro y de tensión, cuando el grupo de seis soldados terrestres, al mando de un alto jefe, subieron a bordo. Sobre sus uniformes color esmeralda, destacaba el escudo de la Guardia Terrestre destacada en Venus.

Rápida y escuetamente, Alex Master informó del viaje que, según él, habíase efectuado sin novedad desde Metrópolis 1. Presentó sus credenciales, y el jefe venusino se apresuró a cuadrarse militarmente ante su superior jerárquico.

Dan observaba que los seis soldados de la patrulla lucían blancos cascos con electrodos. El piloto terminó pidiendo rapidez en el aprovisionamiento, y la patrulla se retiró, tras un seco saludo del oficial.

—¿Contento? —sonrió Master, volviéndose a Dan con cierta ironía—. Verá que sus temores eran infundados…

—No temía nada. Esperaba, simplemente… —respondió con suavidad Dan.

Alex volvió a sonreír y no respondió. Momentos después, el oficial venusino reaparecía, entregándole un cilindro fonético sellado, con instrucciones del Mando Terrestre en Venus, saludábale militarmente, y se retiraba, tras indicar con parquedad:

—Pueden iniciar el despegue inmediatamente. ¡Y buen viaje a Plutón, mi comandante!

Respondió al saludo Alex Master. Después, una vez solos, Ruth reapareció; con un suspiro de alivio, y Calloway comentó:

—Este macaco lo ha hecho bien. Los soldados ni han sospechado nada…

Master le estudió con indefinible expresión sin responder al calificativo, y regresó a los mandos, ante los que se sentó, graduando la pantalla visora.

—Señores, creo que podemos reemprender la marcha hacia Plutón —dijo con cierta solemnidad—. Y que, por encima de ideas políticas y sociales, nuestro viaje sea un éxito. Tal vez de la exploración de lejanos mundos y en la salida de los confines solares, esté la razón del mañana y la evasión de la Humanidad a su propio fin.

—Esperemos que sea así… y que ningún nuevo Amo

ensombrezca a esa futura Humanidad —completó sordamente Dan Mason, ocupando su sitio.

Todos le imitaron. Momentos más tarde, la operación de la Tierra se repetía… y de Venus arrancaba un chorro estruendoso de luz y de humo, proyectando a los espacios un fulgurante proyectil que hendía el aire, que rasgaba la densa atmósfera de Venus, en busca del exterior, del vacío total, negro e insondable que, desde aquel planeta, se extendía hacia mundos más lejanos y desconocidos.

—Señores, esta vez tenemos para muchas horas de viaje, incluso cuando rocemos la velocidad de la luz —informó gravemente Alex Master, volviéndose a ellos—. Los mandos están fijos, y una vez fuera de la órbita de atracción venusina, estaremos en la ruta directa a Plutón. Ustedes, no sé lo que piensan hacer, pero yo estoy fatigado, y voy a descansar un rato. Con su permiso, naturalmente…

—¡Nada de eso! —gritó Calloway, llameándole los verdes ojos tras las gafas—. ¡No tiene por qué descansar, maldito mico sabihondo! ¡A seguir ahí, y bien alerta!

—Calloway, te recuerdo que «yo» mando aquí ahora —cortó fríamente Dan—. Master puede retirarse a descansar. Si veo algo anormal en la pantalla, le avisaré enseguida.

—Gracias una vez más —los Ojos de ámbar le miraron, curiosos.

Pasó por su lado el hombrecillo y desapareció en la cabina vecina a la meteorológica, donde estaban las literas dispuestas.

—No me fío de ese tipo, Mason —chilló Calloway, irritado—. ¡Debe estar con nosotros!

—Tenemos que fiarnos de él, en tanto que no sepamos nada del control de esta nave, Calloway. Y recuerda que es un ser humano como tú y como yo, aunque él piense de otro modo. Es inteligente, sensato y también sabe ser prudente. Pero no abuses de él. Nosotros, que hablamos mal del Amo, debemos demostrar que para ello, somos mejores que él. No olvides eso, Calloway…

—Dan tiene razón. —Intervino Ruth, acercándose a Mason y poniendo una mano en su brazo, con afecto—. No sé qué te ocurre, Harry, pero en horas has cambiado mucho, te has vuelto irritable, ofensivo y hasta cruel. Contigo al mando, no iríamos lejos. Vale más que siga sus órdenes y calles. Dan es más sensato que tú, Harry.

—Gracias por tu opinión, Ruth —sonrió, punto Dan—. Lo que yo creo es que todos debemos mantenernos unidos, o ése sólo hombre a quien tan despectivamente tratas, terminaría sobreponiéndose a nosotros y apoderándose de la nave otra vez, con nosotros dentro.

Ruth le estaba mirando a los ojos, muy cerca de él. Por un momento, Dan sintióse extrañamente débil, como si por primera vez recordara que aquella criatura era una mujer, y una mujer encantadora por añadidura. Procuró apartar esto de su mente, y casi lo logró. Pero su apretón en la mano blanca y delicada de Ruth fue tan expresivo como la sonrisa enternecida de ella y su honda mirada.

A un lado, Harry Calloway procuró ocultar el centelleo frío y furioso de sus ojos.

* * *

Harry Calloway apartóse del redondo ojo de buey de la nave, abierto a la noche sin fin de los espacios. La negrura salpicada de estrellas, constelaciones y nebulosas lejanísimas, hacia las que avanzaban a velocidades casi iguales a la de la luz, se reflejaba en el verde intenso, jaspeado, de sus pupilas brillantes, febriles.

Miró en torno suyo con aire receloso. Estaba solo. Sólo en la cabina inmediata a la de instrumentos meteorológicos, precisamente ante a caja alargada de metal donde viajaba «Zero», su robot, la creación póstuma del profesor Darnell…

Lentamente, acercóse a la caja. Movió un complicado resorte, chirrió el engranaje metálico, y la tapa de acero brillante se levantó, dejando ver a «Zero» inmóvil, rígido, como un moderno monstruo de Frankenstein, a punto de salir de un extraño ataúd de acero, en el siglo XXIII. Sólo que «Zero», a pesar de su tremenda apariencia mecánica, no podía inspirar nada terrorífico, con aquel rostro metálico de aire ingenuo y bonachón, sabe Dios por qué extraño sentido del humor de su creador, Elmus Darnell.

A partir de entonces, Calloway se comportó de un modo, extraño, anormal, Empezó a imprimir giros al disco de su torso metálico. Luego conectó los electrodos, accionando el resorte magnético del muñeco de acero. En el acto, algo zumbó dentro del cerebro de cono truncado, y las rojas pupilas empezaron a dibujar

rápidas espirales.

—«Zero», escúchame… —musitó roncamente Harry Calloway—. Tu amigo Darnell ha muerto… Yo soy tu amo… Repite conmigo: «Calloway es mi amo… Calloway es mi amo…».

—«Calloway… es mi… amo…» —dijo, tras larga pausa, la boca metálica, con sus zumbidos articulados que simulaban una fantástica voz imposible, brotando de allí, dentro.

—¡Magnífico, «Zero»! —Se entusiasmó, rojo de excitación, el ayudante de Darnell—. Tú y yo seremos grandes amigos… Escucha, «Zero», tienes que hacer algo ahora… Algo que yo te pido, que yo te ordeno… ¿Me escuchas, «Zero»?

—«Si, amo…» —vibró la zumbante voz metálica.

—Entonces grábalo bien en tu mente, «Zero». Demuestra que tienes cerebro, que pueden utilizarlo sin mandos ni controles: «Has de matar a un hombre…». Repítelo ahora…

—«He… de matar… a un hombre…».

—¡Sí, eso, eso es! —La boca lívida de Calloway espumeaba, los ojos verdes brillaban igual que aquella noche habían brillado los del asesino del profesor Darnell. Porque «eran los mismos ojos». Porque Calloway era el asesino del profesor…—, ¡irías de matar… matar a Dan Mason! ¡Has de matar a ese hombre, «Zero»!

—«He de matar… a Dan Mason…» —recitó, monocorde, la voz de «Zero».

—¡Adelante pues! —ordenó, en un susurro, Calloway—. Está solo, sólo en la cabina de mandos, mientras duermen Ruth y ese repugnante Alex Master… Has de acabar ahora con él, «Zero». Me estorba, tienes que destruirle… y yo seré el dueño de esta nave. Matarás después a Master… y Ruth será mía, mía para siempre. ¡Adelante, «Zero», actúa…! ¡Actúa!

Y «Zero» se incorporó. Levantóse poco a poco, sin teatralidad, pero solemne, dificultado por sus mecanismos. Al fin salió de la caja metálica, avanzó con paso silencioso, girando y girando aquellas espirales rojas en sus ojos color escarlata brillante.

Calloway le siguió, con ojos fascinados, delirantes, rezumando crueldad y odio. Abrióse la puerta automática sin el menor ruido, y «Zero» entró en la cabina de control del «Intergalaxia»… Sus piernas metálicas articuladas movían su mole de dos metros hacia las confiadas espaldas de Dan Mason, fija su atención en el desfile

estelar de la pantalla visora. Levantáronse las tenazas del «robot», abriéronse sus dentadas pinzas de acero, en tanto que paso a paso se aproximaba a Dan Mason, el hombre sentenciado a muerte…

«Zero» se paró un par de pasos tras de él, fue subiendo las tenazas, iba a cerrarlas en torno al cuello de Dan Mason, ajeno a la Muerte terrible que se cernía sobre él…

* * *

Algo estaba cambiando bruscamente en el interior de aquel cerebro de metal. Los ojos demostraban ya menos vida, las espirales de luz eran más espaciadas. Las tenazas se cerraron con seco chasquido en el aire… y Dan Mason volvió la cabeza con brusquedad.

Rápido, se lanzó hacia su proyector, abandonado sobre la mesa de control, mientras una expresión de terror y de asombro infinitos dilataban sus pupilas. Quiso gritar, llamar a los demás, pero ningún sonido brotó de sus labios.

Frente a él, «Zero» hubiera podido frenar su acción dos o tres veces, destrozándole. Y Dan lo sabía, estaba consciente de ello, en tanto que buscaba, frenético, el proyector. De modo tan desordenado lo hizo, que le resbaló de los dedos rebotando en tierra.

No había nadie más en la cabina. Calloway esperaba en la otra estancia, tras la puerta automática, el resultado del ataque ordenado al robot.

Dan juró, al sentir que perdía la oportunidad de defenderse del terrible muñeco.

Pero «Zero», de repente, no parecía animado del afán destructivo que parecía haberle llevado a él. Por el contrario, «retrocedía como si algo le ordenara hacerlo, como si estuviera luchando consigo mismo para no cumplir las órdenes recibidas…».

—¡«Zero»! —Logró tartamudear roncamente Dan Mason—. ¡«Zero», estás vivó! ¿Qué ocurre? ¿Quién te controla, «Zero»?

El robot no le contestaba. «Sin embargo, sus ojos escarlata parecían reflejar vida, sensibilidad, consciencia propias…». Sus tenazas volvieron a chascar en el airé. Y su voz, inesperadamente, dijo algo asombroso, algo que sacudió las fibras tensas de Dan:

—«Dan Mason… es mi… mi amo… no puedo… no puedo matarle…».

Aun con su voz vibrante, metálica, no cabía duda alguna de los sonidos. Dan, estupefacto, a pesar de recuperar el proyector, no lo movió contra «Zero». Esperó, por el contrario, los siguientes acontecimientos. «Zero» continuaba retrocediendo, como horrorizado de lo que había estado a punto de hacer.

De todas las cosas imposibles que Dan podía soñar, aquélla era la más fantástica. Un robot animado, un ser a quien Darnell no había logrado dotar de vida… y que repetía cosas dichas tiempo atrás… que reaccionaba, sin duda, contra otra fuerza primitiva que le había inducido a matarle. Y Dan se preguntaba ya: ¿qué fuerza era ésa?

En aquel preciso instante, Ruth apareció en la puerta de la sala de literas. Su rostro perdió todo el color y sus bellos, ojos se desorbitaron al mirar a «Zero». Un grito terrible, vibrante y estremecedor, sacudió toda la nave, pareció prolongarse sin fin, en tanto que «Zero» volvía hacia ella unos ojos que parecían aturdidos y repetía:

—«No puedo hacerlo… “Zero” y Mason… son amigos… amigos…».

Harry Calloway cometió entonces el error de salir de su escondite, pensando que el alarido espantoso de Ruth marcaba el fin de la vida de Dan Mason. Abrióse la puerta, asomó, a espaldas de «Zero», mirando la escena con verdadero estupor, y Dan Mason le gritó entonces:

—¡Cuidado, Calloway! ¡Es «Zero»! ¡Algo fantástico ha ocurrido… y está «vivo»!

Detrás de Ruth surgió el rostro huesudo e inteligente de Alex Master, que se quedó como petrificado en presencia de aquello. Entre tanto, fue «Zero» quien dio un sesgo dramático a la escena al volverse en redondo y encarar a Calloway, que reculó, lleno de terror, ante su robot. —¡«Zero»!— chilló Calloway, en el paroxismo de su miedo—. ¿Qué haces, qué haces? ¡No es eso lo que te dije… no es eso, «Zero»…!

Dan Mason lanzó un rugido de cólera. Súbitamente, lo comprendió todo. Absolutamente todo. Y la voz terrible de «Zero»; vibrando metálicamente, más que nunca, le llevó a la convicción

total:

«—Amo Calloway… tú… tú mataste al profesor Darnell… Recuerdo… recuerdo tu… tu crimen…».

—¡No! —aulló Calloway, blanco como un papel, desorbitados los ojos, temblando de horror—. ¡No es posible…! ¡Tú no viste… no viste nada…! ¡No estabas vivo…!

—«Recuerdo… cómo le mataste» —acusó monótonamente el robot, avanzando hacia él—. «Yo dormía… pero mis ojos recogen la imagen… Yo vi aquello…».

Calloway pugnó, con un ronquido de pánico, huir al acoso del «robot». No pudo. «Zero» le atrapó con una de sus tenazas cuando trataba de eludirle…

Ruth chilló, chilló terriblemente, cuando el crujido del metal se confundió con el de la carne y los huesos. Donde antes había un rostro, se ofrecía ahora una mancha roja, espantosamente deforme y las pinzas dentadas de «Zero» goteaban sangre cuando se volvió hacia ellos, majestuoso, igual que un verdugo que ha cumplido sentencia justa.

«—Era… un asesino…» —dijo «Zero», con su espantosa voz de metal vivo.

Ruth se desvaneció, y Alex Master llegó a tiempo de recogerla entré sus brazos, largos y nervudos, a pesar de su delgadez. Miró, interrogante, a Dan, que señaló:

—Déjela en un lecho, Master. —Luego se pasó una mano por los ojos, musitando—: Dios mío… Dios mío… Esto es espantoso…

Master desapareció con ella en la cabina de literas. «Zero» estaba quietó, erguido en el centro de la estancia, como si esperase el castigo a su acción.

Mason avanzó hacia el «robot», mirando un solo instante el cuerpo tendido en tierra, aplastado de bruces sobre el metal de la cabina de mandos. Apenas se podía imaginar que hubiera sido Harry Calloway.

Levantó la mirada hacia el rostro artificial del robot. No tenía nada de aterrador ni de ominoso. «Zero» era un ser sorprendente en ese aspecto. Su cara de metal inspiraba simpatía, casi afecto.

—¿Por qué tuviste que hacerlo… por qué, «Zero»? —musitó—. Si hizo algo malo, tenía tiempo de pagarlo. Ahora nos era más útil vivo que muerto… Claro que tú no puedes entender eso. Hay cosas

que un robot, por perfecto que sea, no lograría comprender.

Increíblemente, «Zero» asintió con un movimiento de cabeza. Atónito, Dan tragó saliva.

—¿Quieres decir que «entiendes»? —Nuevo asentimiento del «robot»—. ¡Que me maten! «Zero», no hay «robot» en el mundo capaz de hablar, pero muchísimo menos de «comprender» ideas. No sé, pero juraría que Darnell, si él te inventó realmente… ¡demonio, te hizo perfecto! «Zero», has acusado a ese hombre de asesino. ¿Te ordenó que me matase a mí?

Hubo una pausa.

—«Sí…» —ronroneó «Zero».

Dan volvió a preguntar:

—¿Y mató al profesor?

—«Sí…» —repitió el ronroneo, después de un nuevo silencio.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo pudo provocarle un ataque al corazón?

Dan esperaba la respuesta.

«Zero» no contestó. Inclinóse, de pronto, sobare el cadáver. Sus tenazas rasgaron el tejido de su traje rojo. Luego, el de su blusa interior. Algo rebotó en el suelo, hasta quedar a los pies de Dan Mason. Este inclinóse a mirarlo. Lo tomó en sus manos.

Comprendió.

Asombrado, comprobó que era una especie de perfectísima cerbatana. El metal de los diminutos dardos que arrojaba, al posarse sobre la mano de Dan, se convirtieron en líquido hielo. Goteó sobre el suelo, donde hirvió un momento, secándose acto seguido. Dan comprendió. Una aguja de aquéllas no dejaría herida en el corazón. Y una vez dentro… el frío paralizaría la víscera cardíaca. Muy ingenioso, cruel y perfecto…

Volvió a mirar al «robot».

—«Zero», empiezo a creer que eres un prodigio de muchacho —musitó, pensativo.

Y al levantar la mirada hacia el robot, parecía haber «alegría y orgullo» en los ojos magnéticos. Dan Mason se dijo que empezaba a dejarse llevar por su imaginación. ¡Estaría bueno que también tuviera «sentimientos»! ¡Era sólo una máquina!

—En fin, vamos a procurar aclarar todo esto. De algún modo han tenido que ponerte en funcionamiento, «Zero». Y sea como sea… ¿Eh? ¿De ese modo? —Atónito, vio que la tenaza izquierda

del robot le señalaba primero el disco del pecho y luego un resorte lateral, casi invisible, entre las junturas de sus piezas.

Eran los mandos.

Dan probó fortuna dos veces. Detuvo y puso de nuevo en marcha a «Zero» sin dificultades. El brillo de los ojos era el indicio que distinguía una situación de otra, aunque estuviera inmóvil. Perplejo, echóse atrás, rascándose la cabeza.

Dan monologueó:

—Entiendo muchas cosas: Calloway deseaba la gloria y el provecho de este invento maravilloso de Darnell. Le mató cuando presenció su éxito final contigo. Luego, quiso acabar conmigo para mandar aquí, acaso porque amaba a Ruth en secreto… Pero lo que te confieso que jamás entenderé, amigo «Zero», es cómo pudo hacerte tan diabólicamente listo y despierto tu inventor.

El «robot» no habló.

En esta ocasión, «Zero» pareció resuelto a encogerse de hombros, pero como esto era algo que le estaba vedado aún a su cuerpo metálico y rígido, se mantuvo quieto, mirando curiosamente a Dan Mason, su amigo.

Capítulo VI

Elasteroide Azul


ueda ya uno menos… —comentó pensativo Alex Master, después de que por la escotilla de emergencia el cuerpo sin vida de Harry Calloway fue engullido por el vacío.

Durante unos instantes el cadáver flotó espantosamente en el espacio, siguiendo al «Intergalaxia» como un alucinante satélite, que al ser atraído por masas más considerables aunque distantes, terminó por desprenderse de ellos, empequeñeciéndose más y más en el vacío, Hasta perderse en la noche sin fin de los espacios.

Sólo quedaron las estrellas.

Dan se apartó de la ventana, estremecido de horror. Aquélla era la mas asombrosa y terrible de las tumbas para un hombre muerto. Más cerca de su Creador, si… pero tremendamente solo en la nada, entre mundos, astros y cuerpos celestes. Como un ejemplo vivo de

la insignificancia humana, de la nula grandeza del Hombre ante la Creación…

—¿Uno menos ha dicho, Master? —dijo por último, mirando de soslayo al hombrecillo de ojos de ámbar—. Sí, eso le da ventaja a usted, ¿no es cierto?

—Oh, no —denegó con vaga sonrisa el piloto—. Ahora ha salido ganando su grupo en solidez. Han perdido un Hombre, cierto. Pero han ganado a un ser mucho más poderoso y difícil de dominar: «Zero».

—¿Eso quiere decir que sigue usted a nuestra merced?

—Está claro que sí. En otro caso, ya hubiera intentado algo. Les advertí noblemente de que no me tendrían jamás a su lado. Estamos en campos opuestos. Me limito a observarles, a preguntarme hasta dónde llegarán y lo que serán capaces de hacer en según qué circunstancias. Pero nada más. Es una experiencia casi. Al final, perderán la partida. Serán devueltos a la Tierra, si no siguen el camino que ha seguido ese hombre, Calloway.

—¿Y será usted quien nos escolte de regreso a nuestro mundo, Master?

—¿Y por qué no? Yo, al igual que cualquier otro. Pero tengo más probabilidades que ninguno.

—¿Nos matarían en la Tierra?

—¿Quién es capaz de saber lo que pasa por la mente del Amo? —Se encogió de hombros Master, llevándose un dedo hasta señalar su cabeza—. Aquí nunca se sabe lo que se oculta, Mason. El cerebro es la gran incógnita de los hombres. Domine los cerebros, y el mundo será suyo.

—Es el credo del Amo, ¿no es cierto?

—Es el credo de todos los grandes hombres, desengáñese —se sentó ante la pantalla, comprobando en ella la imagen de un modo maquinal—. «Zero» es un buen ejemplo de lo que le he dicho.

—«Zero» no es más que un robot.

—Si. Un robot sumamente perfecto. Tanto, que parece un hombre. Sólo que es un hombre muy poderoso… y muy fiel. Sobre todo a usted, Mason. Le salvó la vida y mató a su enemigo. Eso no lo hacen todos los humanos.

—No dejo de pensar en ello —admitió Dan—. Tan sólo había visto a «Zero» una vez, el profesor Darnell le puso en

funcionamiento, aunque sólo por mandos electrónicos, y en cambio ahora, cuando no precisa de mandos a distancia, «me recuerda». ¡Asombroso!

—También es asombroso que sólo se deje manipular por usted. Yo traté de acercarme antes a él. Naturalmente, no debe culparme de que trate de paralizarlo. Sería uno menos. Pero él me miró de un modo extraño, levantó una tenaza… y hube de retirarme a toda prisa. Un curioso ente artificial ese «Zero». El primer robot consciente.

—No es soló curioso. Es inquietante, sobrenatural… Igual que usted.

—¿Yo sobrenatural? —Master se echó a reír, divertido.

—No me refería a eso, sino a lo de inquietante. Es astuto, agudo y no tiene prisa. Nos deja hacer. Sabe que un día u otro se presentará su oportunidad… y la aprovechará.

—Exacto…

—Podría matarle ahora, fríamente, y así me evitaría ese riesgo, Master.

—Pero no lo hará.

—No, no lo haré. Y no sé siquiera por qué. Puedo conducir ya esta nave yo solo.

—También lo sé. Y sin embargo, no va a matarme, ¿verdad, Mason?

—No soy un asesino.

—Algún día se arrepentirá de no haberlo hecho. Y yo no le agradeceré nada entonces.

—No esperaba tanto de usted. Un hombre que es fiel al Amo no tiene corazón ni alma.

—Pero es fiel. Eso ya es algo. A mi modo, soy mejor que su amigo Calloway. Él no le fue fiel a nada ni a nadie. Mentía, era falso y engañoso…

—Ya lo pagó. Calloway ya no puede inquietarme. Es usted, Master, quien me obliga a estar en guar…

—¡Mire, Mason! —cortó de pronto Alex Master, con un trémulo estremecimiento en su voz, señalando hacia la pantalla. Temblaba su dedo al hacerlo—. ¡Mire ahí…!

Dan Mason, rígido, volvióse al punto señalado, preguntándose si sería una estratagema de su cautivo. Un escalofrío de horror le

crispó. Vio un cuerpo azul, redondo y lanzado por los espacios, describiendo tras de sí una larga estela azul, que le hacía parecer una estrella errante o un singular cometa.

«Aquel cuerpo azul, esférico y centelleante, venía derecho hacia ellos»…

—¿Qué puede ser «eso»? —clamó, poniéndose en pie y aferrando sus manos a los controles.

—No lo sé. No había meteoros ni aerolitos por esta zona en mis cartas celestes —dijo torvamente Master, afianzándose en su asiento y comenzando a controlar la nave. Un brillo febril asomó a sus extraños ojos ambarinos. Se volvió a Mason—: ¡No me responden los mandos del «Intergalaxia», Dan!

—Eso quiere decir… —musitó, aterrado, el joven.

—Eso quiere decir que «somos atraídos por ese cuerpo azul»… —completó Master tranquilamente, aunque su anguloso rostro mostraba la lividez del miedo—. Sin remedio… Debe de ser un asteroide, un asteroide desconocido de los sabios terrestres, un cuerpo celeste que ha entrado en esta órbita inesperadamente… y nos atrae hacia sí, porque es muchísimo mayor que nosotros.

—Un asteroide… azul… —Dan escrutó su superficie en la pantalla—. Y parece liso… como metálico. Sin relieve ni irregularidades en su corteza, ¿ha observado eso?

Alex Master asintió, tras un largo silencio. Su rostro se ensombrecía por momentos.

—No es que parezca liso o metálico, Mason —dijo al fin con lentitud—. «Es que lo es»,…

—¡Un asteroide metálico! —gritó Dan—. ¡Entonces es que es… «artificial»!

—¿Qué es lo que es artificial, Dan? —preguntó a sus espaldas Ruth, saliendo de la cabina de las literas. Detrás suyo apareció la figura metálica y rígida de «Zero», que parecía haber estrechado también su amistad con Ruth en aquellas horas.

—Ese asteroide —le señaló la pantalla y ella exhaló un gemido de alarma—. No es de piedra ni de nada similar. Su apariencia es metálica y lisa por completo. Eso sólo puede significar que es artificial, creado por seres vivos… e inteligentes, sean quienes sean.

—Y no terrestres, por cierto —añadió suavemente Master.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —inquirió Dan, excitado,

mirándole, en tanto que Ruth buscaba asilo en sus brazos, bajo la benévola mirada amistosa del buen «Zero».

—Porque oficialmente, jamás hemos lanzado asteroide alguno al espacio. Y mucho menos de esa magnitud. Esa esfera metálica debe medir casi dos mil metros de diámetro.

—¡Cielos, es un auténtico planeta! —musitó asustada Ruth—. ¿De dónde procederá?

—¿Quién puede saber eso? —Se encogió de hombros Master, sin quitar la mirada de la pantalla—. Parece proceder de dirección opuesta a la nuestra. Es decir, que viene del mismo lugar adonde nosotros vamos…

—¡Plutón!

—Cabe en lo posible. De un modo u otro, estamos siendo atraídos hacia él. De seguir esto así… nos estrellaremos en su superficie o tomaremos «tierra» en él, si es humanamente posible.

—Eso suena a imposible —arguyo Dan—. Es muy grande, pero demasiado pequeño para rodearlo y posarse en él. Falta espacio material para eso…

—Veremos, veremos… —Master, aferrando los mandos, se mordió los labios con ira sorda. Poco a poco, apretó más y más, y en el visor se centró la esfera azul, centelleando rabiosamente—. Dentro de unos minutos veremos lo que sucede…

Dan, con la joven estrechamente abrazada a él, contempló fijamente la pantalla. Hasta el impasible robot parecía mirar hacia allí, conocer que sus destinos dependían de lo que iba a suceder cuando el «Intergalaxia» y el asteroide azul chocaran en el infinito vacío de los mundos.

* * *

Los minutos transcurrían en tensa espera, llena de angustia.

El azul, a través de la pantalla, era ya intolerable. Tal era su intensidad, que a través de las ventanas circulares del proyectil, penetraba la intensa luz azul con toda su virulencia.

Los rostros, los trajes y el interior mismo de la nave, adquiría ya un matiz azulado, espectral… De repente, Master chilló.

—¡Ya no responden los mandos! ¡Nos precipitamos sobre ese asteroide…!

Tres rostros ansiosos se inclinaron hacia la pantalla, en espera del desastre, que era ya inevitable, a pesar de los desesperados intentos de las férreas manos de Alex Master. El cuerpo azul ocupó por completo la pantalla, se agrandó, creció su luminiscencia metálica, fría y amenazadora… Hasta «Zero» parecía ansioso, alterado…

Ruth chilló, cerrando los ojos y ocultando el rostro en el pecho de Dan Mason. Sollozó, claramente:

—¡Oh, Dan! ¡Ahora que sé cuánto te amo… termina todo para nosotros!

—Chiquilla… —Mason acarició sus cabellos, los besó suavemente y la oprimió con fuerza contra sí. Luego, sereno, resignado, agregó, minorando a la pantalla—: Te quiero, mi pequeña Ruth… y es un gran consuelo terminar esta loca aventura a tu lado…

De pronto, enmudeció. Estaba con los ojos clavados en la pantalla, sin creer lo que veía. También Alex Master contemplaba aquel cuerpo siniestro, azul y pavorosamente grande, que atraía insensiblemente a la masa del «Intergalaxia», no sólo por su mayor tamaño, sino porque algo, dentro de él, ejercía de imán sobre los mandos y el cohete.

Los dos pudieron ver lo mismo: la superficie azul sobre la que parecía iban a estrellarse, se abría de repente. Fue como si una monstruosa boca mitológica se aprestara a engullirlos. El azul se suplió por el negro de una sima sombría, cuando una gran parte central de la esfera azul se fue abriendo, abriendo ante ellos… y el «Intergalaxia» se hundió en ella.

Las tinieblas les envolvieron, un tremendo choque les conmovió, arrojándoles contra los muros, metálicos de la cabina, donde golpearon, rodando después sobre el suelo, y tras un áspero crujido de metal rasgado, el proyectil estelar se abatió en posición horizontal, recibieron nuevos golpes en sus muros, y la inconsciencia se abatió sobre ellos, a excepción de «Zero», que rebotaba aquí y allá con su delicado mecanismo a punto de quebrarse en fragmentos.

CAPÍTULO VII

LOS HOMBRES VIDRIOSOS


sombrado de hallarse aún con vida, Dan Mason volvió en sí lentamente, mirando alrededor. Todo estaba en tinieblas, a excepción de la claridad que procedía de dos rojos puntos luminosos moviéndose en las tinieblas. Lo identificó enseguida.

—¿Eres tú, «Zero»? —musitó roncamente, extrañándose del sonido de su propia voz.

—«Sí» —respondió el zumbido metálico—: «Todos salvados»…

Dan se palpó, notándose dolorido. Extendió una mano en la oscuridad y tocó una rodilla. Por encima de ella, el borde de una falda. Rápido, elevó la mano, hasta rozar el lugar donde calculaba que estaría el rostro de Ruth. Lo tocó suavemente. Estaba tibio, aunque algo viscoso y cálido corría por su mejilla.

—¡Ruth! —musitó, angustiado—: ¡Ruth! ¿Estás herida?

—«Si» —repitió «Zero», monocorde—. Herida.

Dan buscó en torno los conmutadores de la luz, pero no dio con ellos. En cambio, «Zero» parecía moverse a la perfección en la oscuridad. Observó que estaba sobre una litera. Asombrado, preguntó:

—«Zero», ¿nos has traído tú aquí?

—«Sí».

—Eres un verdadero ángel guardián, aunque la verdad es que jamás imaginé un ángel de metal, y sin alas. ¿Y nuestro compañero, Master? ¿Está aquí?

—«Si» —repitió de nuevo «Zero» con el mismo tono de voz.

Dan tanteó en la litera superior. Allí yacía Alex Master. Al rozarle sus dedos, gimió entre dientes, volviendo en si a no dudar. Dan respiró hondo y buscó de nuevo junto a sí a Ruth. Al volverla a tocar la mejilla, Ruth se agitó, y terminó por respirar hondo.

—Ruth, estás a salvo. Soy yo, Dan… «Zero» ha hecho de enfermero también. Ese chico es un portento, la verdad…

Ruth pareció entender sus comentarios irónicos, porque se agitó de nuevo, una mano fría presionó la de Dan, y musitó la joven:

—Estoy… bien. Creo que me he hecho un corte en la sien, pero no es muy hondo… Sentí cuando «Zero» me tomaba en brazos. Era una experiencia extraña, pero se lo agradecí. Creo que empiezo a tomar cariño a ese robot.

—¿Oyes, «Zero»? —rió entre dientes Dan—. Creo que tendré celos de ti muy pronto.

—«Sí» —y el sonido de la voz del robot era como si realmente le hiciera gracia la cosa.

A Dan ya no le hubiera sorprendido mucho que se echara a reír aquel trozo de metal animado.

Le oyó deambular por el interior del «Intergalaxia». De pronto, se hizo la luz en todo el aparato. Como por arte de magia. Asombrado, Dan vio volver a «Zero» con aire satisfecho.

—¡No! —gimió—. ¡No es posible que tú hayas podido encontrar un interruptor de luz supletoria!

—«Sí» —repuso el robot alegremente.

—¡Que me ahorquen! —masculló Dan, tocándose las sienes—. Este tipo me vuelve loco…

Se incorporó, tambaleándose. Todo estaba ahora desquiciado

dentro del proyectil, por su posición horizontal. Solo, las literas, que tenían la facultad de adaptarse a la posición de la nave, por una flexión mecánica de sus barrotes, conservaban su posición.

Ayudó a levantarse a Ruth, y salieron a la cabina de mandos. La pantalla visora aparecía oscurecida, los mandos indemnes, pero una de las palancas de propulsión estaba rota. Sabe Dios qué otras averías existirían en el exterior de la nave.

Dan se asomó a uno de los ojos de buey, en vista de la ineficacia total de la pantalla, que no reflejó sino tinieblas, y tampoco apreció por allí otra cosa que negrura total, intensa. Recordando los hechos finales del choque, pensó que tenían que hallarse en el interior del asteroide con aspecto artificial y hechos de tal, puesto que al llegar ellos habíase abierto una gigantesca compuerta en su superficie, engulléndoles.

¿Qué había «dentro» del asteroide?

Tomó su proyector de luz fría y se encaminó a la puerta de salida de la nave. Ruth, alarmada, corrió tras de él.

—¡Dan! ¡Dan! —llamó—. ¿Adónde vas?

—A explorar un poco. —Mason miró a «Zero» y le indicó—: Cuida de ella, amigo mío.

—«Sí» —asintió «Zero».

Y acto seguido, con aire protector, pero enérgico, plantó una de sus pinzas terribles cerrando el paso a Ruth, y ella retrocedió instintivamente asustada.

Dan rió entre dientes, llegó a la puerta y accionó el conmutador automático. La pesada y gruesa hoja de metal irrompible se abrió. Pasó a la cámara de descompresión. Tornó de una vitrina una de las redondas escafandras de emergencia, intactas tras el choque, y se la ajustó. Empezó a funcionar el oxígeno y el creador de presión artificial. Movió un botón, y la puerta de salida al exterior se abrió ante él.

Se enfrentó con la negrura absoluta y ominosa con cierta aprensión. Después de todo, aún ignoraba lo que podía ocultarse tras aquellas sombras ignoradas, dentro del seno de un mundo azul y artificial que viajaba por los espacios… «¿Tripulado por quién?».

Dio sus primeros pasos fuera de la protección sólida y segura del «Intergalaxia». Avanzó por entre tinieblas, tan negras como tinta. Sólo llegaba la luz de los ojos de buey del proyectil. Una de las

luces se veló al asomar tras la gruesa mirilla el rostro ansioso de Ruth, oteando al exterior. Dan sonrió para sí, bajo la pesada escafandra de material plastificado. Sus pulmones funcionaban bien, y caminaba con ligereza sobre el suelo del asteroide. Inclinóse, para tocarlo. Era metálico. Y tenía estrías, junturas indicadoras de una mano constructora inteligente.

De este modo se alejó a alguna distancia del proyectil astral. Y entonces, todo sucedió de un modo demasiado sorprendente para estar preparado a enfrentarse con ello.

Una cegadora, potentísima luz azul bañó todo el lugar, inundó de claridad lívida el cohete vencido, uno de cuyos reactores aparecía doblado, materialmente destrozado por su choque, así como la aguda proa plateada, achatada por su brutal impacto. Enormes abolladuras sobre el metal bruñido del proyectil, señalaban otros tantos golpes Pero Dan rápida y desesperadamente, tuvo que prestar atención a otra cosa bien distinta que reveló aquella luz fría y deslumbradora, ante la que parpadeaba constantemente, sin posibilidad de centrar las retinas en parte alguna, para eludir el baño de claridad.

¡Un verdadero alud de seres fantásticos se arrojaba sobre él, profiriendo extraños chillidos, semejantes a los de las ratas gigantes en los vertederos!

Dan reculó, realmente impresionado, sintiendo temblar sus piernas y también su mano en torno del proyector, ante aquel espectáculo propio del Dante. Podía uno imaginar seres vivos de muy diferente naturaleza en otros mundos, pero jamás «cosas» así.

Nunca un auténtico mar, una masa formada por millones, millones y millones de extraños «microhombres» o seres similares al hombre, como podían serlo a una rana desprovista de la piel, membrudos, delgadísimos y de estatura inferior a la mitad de lo normal en un hombre, a cuya espantosa delgadez se unía una viscosa, repulsiva transparencia que ofrecía el espectáculo revulsivo de venas, arterias, osamenta frágil y opalescente, organismo y cerebro, como visto todo a través de puro cristal azulado.

Era algo horrible.

Y aquellos «microhombres» azules, de bocas redondas, ratoniles ojos blancos y ondulantes extremidades, avanzaban hacia Dan Mason vorazmente, mostrando avidez; hambre acaso… Sus chillidos

espantosos, multiplicados por los millones de seres que formaba aquel alud, eran realmente alucinantes.

Dan no tuvo ni siquiera ánimos para disparar al primer golpe de vista. Además, ¿qué podía hacer con sus rayos de luz desintegradora, ante aquella masa aplastante de seres transparentes, esqueléticos y chillones, que reptaban, brincaban y se movían materialmente pegados los unos a los otros, como miles de ranas aplastadas en un pequeño recipiente de cristal? Sintió náuseas de aquel espectáculo, y en su retroceso dio de espaldas contra la pared cilíndrica del «Intergalaxia», frenándole toda retirada. Apurado, recordó que desde fuera no era posible accionar la entrada a la nave. ¿Sería capaz Ruth de hacer tal cosa, aunque viera el peligro espantoso? ¿Le dejaría reaccionar oportunamente el pavor de aquel espectáculo increíble y terrorífico bañado en luz azul?

Momentos de atroz incertidumbre.

Dan entonces levantó su proyector. No podría hacer otra cosa. Disparó con firmeza, y un chorro de luz plateada, destructora, bañó a la primera fila de «microhombres» chillones. Miríadas de pavesas blancas revolotearon, y la masa se redujo en cien o doscientos enanos vidriosos.

Pero el resto de la plaga avanzaba hacia él, gesticulando y sin variar su formación y sus modos, lo cual indicaba que sus intenciones eran las mismas que antes: atacar.

Sin saber por qué, Dan pensó que si caía bajo aquel alud transparente, sería devorado por ellos, como un codiciado manjar. Seguirían, tarde o temprano, Ruth, Master…

Disparó dos veces más, seguidas y precipitadas. Nuevas masas de atacantes se dispersaron en fragmentos de átomos luminosos. Al menos, aquellas horripilantes criaturas también se componían de átomos, como cualquier otra materia. Ya era algo, pensó, angustiado.

Apenas le separarían cien yardas del grueso de las fuerzas vidriosas. La vanguardia, compuesta de unos cincuenta hombrecillos asquerosamente transparentes y frágiles, le dio alcance ya. Dan, con un rugido inhumano, disparó por última vez, y vio complacido los fragmentos de casi la mitad de atacantes, dispersarse en el ámbito sin fin de aquel asteroide de pesadilla.

Los otros se arrojaron contra él, deseando aplastarle, alargando

sus horribles bocas redondas, con lo que una especie de cárdenos labios formaban ventosa, para succionarle a él. Dan, aterrado, disparó sus puños contra ellos.

Era un alivio saberse infinitamente más fuerte. Aquellos seres carecían de fuerza, de vitalidad alguna. Eran criaturas tan frágiles como su aspecto. De un solo impacto, lanzó a seis de ellos por los aires, y parecieron romperse en el suelo de metal. Otros cayeron sobre sus espaldas y escafandra. Los rostros espantosos, adheridos al cristal de la misma, succionando estérilmente sus babeantes bocas redondas, como ventosas de pulpos atroces, le dieron tal asco que dio a su cuerpo una sacudida y los estrelló contra la nave.

Ni un solo enemigo quedó ante él cuando sus pesadas botas imantadas aplastaron dos cabezas repulsivas debajo, que tras distenderse como goma, estallaron en trozos viscosos. Pero el mar de formas, de figuras frágiles, que le aplastarían irremisiblemente por mucha que fuera su fuerza, estaba ya a unos pasos… ¡Todo estaba perdido si la puerta, a espaldas suyas, continuaba cerrada!

Se dispuso a morir matando a cuantos más seres vidriosos le fuera posible… y entonces cedió el metal de la puerta a espaldas suyas.

Rápido, saltó atrás, abatióse contra la puerta penetró en la cámara de descompresión dando tumbos. La puerta quedó un momento abierta, franco el paso a los atacantes. Díez o doce hombrecillos transparentes penetraron tras de él. Pero de detrás de la puerta surgió una mole de dos metros de aceró viviente, unas poderosas tenazas dentadas entraron en acción vertiginosa, ante el asombro de Dan…

No sólo los intrusos saltaron despedazados al exterior, sino que «Zero» demostró ser un luchador terrible, guardando el umbral de la nave. Sus zarpas de metal destrozaban cientos de cuerpeemos fragües y repugnantes, la masa de cuerpos sin vida a sus pies crecía y crecía a cada segundo de lucha. Los enemigos saltaban contra él, furiosos, ávidos, pero chocaban con su cuerpo de metal, rebotaban cómicamente, cayendo al exterior, o eran segadas sus feas cabezas por aquellas terribles pinzas dentadas que «Zero» movía con soltura y precisión implacables.

—¡Adentro, «Zero»! —gritó Dan, corriendo a la segunda puerta, la de acceso al interior del cohete propiamente dicho—. ¡Deja a esos

seres o te llevaran fuera y acabarían por destruirte! ¡Son demasiados!

«Zero» asintió, obediente, después de destrozar a un grupo numerosísimo. Luego, retrocedió, de cara al enemigo, segó más de cincuenta cabezas y cerró la puerta pacientemente.

Dan respiró Hondo, y luego miró de reojo uno de los cuerpos que entraran en la cámara de descompresión, que estaba boqueando en el suelo, dando chillidos extraños y huyéndole de una herida enorme de su cabeza un líquido lechoso y repugnante.

A pesar de ello, Dan se inclinó sobre el extraño ser y le tocó con su mano enguantada. Aquella piel y carnosidad transparente se hundía bajo su presión. Eran seres debilísimos y físicamente raquíticos. Pero su contextura interior era similar a la humana. Sus rostros también evocaban en algo esa idea. Las manecitas, a pesar de ofrecer sólo tres dedos membranosos, también se parecían a las de un ser terrestre. Casi le dio pena de aquel desvalido que le hubiera devorado a él, de ser el triunfador. Agonizaba, y le estaba mirando con sus extraños ojos blancos, sin expresión. Boqueaba cada vez más.

—Es extraño, pero recuerda a un hombre —comento Dan—. Es posible que en algún planeta más de nuestro sistema o de otro más lejano haya vida consciente, y ésta sea una de sus expresiones. Biológicamente, pertenecen a una raza degenerada, agotada por siglos y siglos de existencia, por guerras espantosas tal vez… Son seres de un mundo muerto, y acaso emigran por los espacios, en busca de vida, de alimento. Este asteroide azul puede ser su medio de viaje, el último fruto de una civilización que murió. Acaso, «Zero», aunque esto tú no lo llegues ya a entender, estamos asistiendo a la agonía de una raza más inteligente y poderosa que la nuestra. Lo cual quiere decir que nosotros mismos, algún día, llegaremos a este espantoso estado, seremos como parásitos perdidos en el Cosmos, en busca de nuevos medios de vida que tal vez nos sean negados…

Se estremeció al ver boquear por última vez al hombrecillo. Su expresión final, en tanto que Dan Hablaba, parecía haber sido de lucidez, de inteligencia ante los sonidos que le eran ininteligibles. Pero si había sido inteligente, si en él había mentalidad, había captado, tal vez, algo de lo que Dan expresó con palabras. A veces,

existen fenómenos telepáticos así. Y Dan presintió que era cierto, que asistían al ocaso de una raza perdida en la inmensidad del Tiempo, vencida por su propia vejez y degeneración física a través de los siglos.

Pensativo, regresó con «Zero» al interior de la nave, en tanto que todo el exterior del «Intergalaxia» hervía de cuerpecillos frágiles y repulsivos adheridos a su metal, pugnando por buscar una entrada, un resquicio para atacarles. De todos modos, su suerte era muy problemática aún. Si no lograban salir del interior del asteroide artificial, morirían allí. ¿Qué importaba si faltos de oxígeno, de alimentos o devorados por un pueblo errante de ignorado Origen?

De pronto, al entrar en la cabina de mandos, el terrible peligro exterior cesó de ser su primera y máxima preocupación. Se encaró con el nuevo, el latente y arduo peligro, tal vez insalvable.

Ruth estaba ligada a un asiento. Junto a ella, sonreía, amable y ceremonioso, Alex Master. Pero en su mano derecha empuñaba un proyector de luz fría, pegado a la sien de la muchacha, que miraba lívida de terror a Dan y al robot. «Zero» demostró de nuevo su asombrosa inteligencia propia, puesto que movió su cuerpo metálico hacia ellos, pero Dan ordenó secamente, al captar el brilló de los ojos color ámbar:

—¡Quieto, «Zero»! Es indudable que nuestro querido Master dispararía sin vacilar sobre Ruth. Ha llegado su momento, ¿no, Alex? El que usted esperaba que llegase…

—Exacto, mi querido Mason —asintió, fríamente burlón el piloto —. No he sido un traidor, puesto que ya les advertí. Ni tampoco un falsario, porque jamás oculté mis ideas. Éste es mi momento, y creo que podremos salir de este asteroide tan desagradable. Siéntese usted a los mandos. Y el bueno de «Zero» hará bien en mantenerse quieto. Contra él no tengo nada. Son ustedes los que han de responder de su rebelión en la Tierra.

—¿Y adonde iremos? ¿A Plutón?

—No. ¿Para qué ya? Volvemos a la Tierra, Mason. Al punto de partida… De todos modos, pueden sentirse orgullosos. Han logrado lo que no logró ningún otro. ¿No es ya suficiente?

Dan no respondió. En silencio, vencido, denotase ante el cuadro de mandos. Master había sido paciente y astuto. Ahora, Ruth estaba en su poder, y nadie podría acercarse a ellos durante el viaje de

regreso al planeta Tierra. Estaban perdidos. Una vez en su planeta, serían condenados. Condenados a morir.

Suspiró, abatido, y miró con pesar a Ruth.

—Lo lamento por ti —dijo lentamente—. Hubiera sido hermoso librarnos del Amo y del Poder Central. Y si la vida en la Tierra no era posible cambiarla, porque si un Amo desaparece, hay siempre otro que le substituye, al menos sí sería posible vivir lejos de ella, en un destierro voluntario, solos pero libres, sin amos ni órdenes que acatar.

—Hubiera sido una victoria indudable, de ser logrado ese objeto —asintió Master—. Pero han perdido. Y hay que saber perder, como supe perder yo anteriormente.

—Yo siempre sé perder, Master. Es por Ruth por quien lamento este fracaso estúpido…

—Si he de serles sincero, para mí es lamentable todo final. Durante nuestras horas de amistad había llegado a sentirme muy unido a ustedes, aunque la ideología nos separase. Ahora… bueno, ahora las relaciones serán más tirantes, ¿verdad, Mason?

—¿Si le doy mi palabra de no rebelarme, dejará de amenazar a Ruth?

—No puedo, Mason. Recuerde a su robot. Él no puede dar palabras y, mucho menos, estar obligado a cumplirlas. Me destrozaría al menor descuido. No, no, habrá de ser así.

Dan comprendió.

—Está bien, como usted quiera. ¿Cómo hago para que despeguemos de aquí? Si esos seres encuentran un solo resquicio para entrar, nos absorberán…

Alex le interrumpió.

—Bien, bien, no se impaciente… —Master sentóse junto a Ruth, sin quitar de su sien el arma. Se aseguró al asiento. «Zero» se mantuvo en pie, cerca de Dan. Éste aseguróse también a su asiento y tomó los mandos. Master indicó—: Tenemos roto un reactor, de modo que pulsé sólo los botones rojo, azul y gris. El verde no funciona. Arranque con calma primero. Luego, oprima el botón de velocidad y deje salir al cohete. Yo he movido ya la indicadora de ruta. Partiremos en dirección opuesta a Plutón, de regreso a la Tierra. Y espero que el desgarrón que hagamos en este cochino asteroide, les envíe al infierno definitivamente…

Dicho esto, se recostó en el asiento.

Dan no respondió. Le era indiferente el destino de aquellos desdichados seres vidriosos. Peor que el de ellos en su propio mundo, no iba a ser…

Prestó su atención a los mandos.

Siguió una por una las instrucciones de Master. Aquel hombre, por encima de todo, era un genio de la ingeniería y mecánica del «Intergalaxia», porque la nave rugió, al parecer saliendo de su coma, empezó a zumbar el triple estruendo de sus tres reactores, y el griterío exterior fue espantoso. Al pulsar el botón de velocidad, arrancaron con una vibración terrible, los cuerpos parecieron quebrarse con la presión espantosa, a pesar de que los niveladores de presión interior actuaron rápidamente, al mismo tiempo que el mecanismo de marcha.

El aparato estaba en marcha.

Por la pantalla, esta vez, se vieron los rostros vidriosos, bañados en luz azul, millones y millones de apretujados cuerpos, pobres náufragos de los espacios, saltar en pedazos ante el embate de la afilada proa, un desgarrón sibilante y estruendoso en la superficie de metal, y la salida, entre un chorro de luz y de humo, al negro vacío del cosmos.

¡Lo habían conseguido!

Habían logrado romper, la superficie del asteroide.

A través de la pantalla, se perdió en la distancia el cuerpo azul, destrozado, que parecía dar tumbos en el vacío, hundirse en la nada, en el fin de toda existencia, rodeado de miles de menudos cuerpecillos y fragmentos impulsados al vacío por la energía impulsora-extractora del aerocohete.

Dan suspiró, al recuperar sus sentidos y el dominio de sí mismo. Master seguía amenazando a Ruth, y «Zero» continuaba erguido, aunque con algo de aturdimiento en su rostro mecánico.

Y ellos, en el «Intergalaxia», retrocedían, volvían a su punto de origen.

A la Tierra, al Poder Central, al dominio del Amo, al desastre final…

CAPÍTULO VIII

OTRA VEZ «ZERO».


sta vez no hacían escala alguna. Venus quedaba ya atrás, en la distancia; Marte también desfiló con su roja coloración, y debajo del proyectil apareció la superficie verdosa de la Tierra.

Un retorno que no podía despertar en Dan Mason o en Ruth otra emoción que la de presentir la cercanía de su muerte.

El Amo era implacable con los rebeldes.

—Será ascendido a un cargo más alto, después de esto, Master —dijo sordamente Dan, mirándole con resentimiento—. El Amo admirará su lealtad hacia él.

—Todo el que es leal a sí mismo, lo es también con aquél a quien jura obedecer. Si todos los hombres, fueran iguales, sobrarían los electrodos, el dominio a distancia y todo lo que el Poder Central mantiene para dominar sus Estados.

—No, Master, se engaña usted a sí mismo, y se deja engañar también por ellos. No es necesario nada de eso, sí se quiere que el mundo viva en paz. Se puede dar libertad a los hombres, porque éstos desean hoy tan sólo la paz, y la disfrutarían íntegramente, sin mecanismos esclavizantes, si el Amo les liberase, si nos diera a todos la oportunidad de vivir libres, de ser dueños de nosotros mismos y no depender de él sino en la medida justa en que todos los seres deben estar supeditados a quien ejerce la jefatura de un país, En este caso, es mucho más. Porque el Amo ejerce el mando sobre toda la Tierra. Son Estados y Estados, bajo una sola mano, bajo un solo poder. Se puede mandar con libertad y conciencia. No sometiendo a los hombres a una vida repugnante e inhumana.

—Su teoría no tiene valor. La defiende cuando ha perdido la lucha. No prosperará jamás.

—Se equivoca, Master. Triunfará, por encima de mí, de muchos muertos como yo. Porque el Hombre, el ser humano no se resignará jamás a ser esclavo, a formar una raza de autómatas.

Y el día que se pueda romper la barrera que les separa del Poder Central, lo arrollaran todo. Necesitan un líder, un nombre que les conduzca al final, por encima de montones de cadáveres, si es preciso…

—Ese líder podría ser usted, Mason. Lástima que no pueda iniciar esa gran labor en el mundo.

—Aún podría… —sonrió de pronto Dan.

—¿Cómo?

—Sacrificando a Ruth.

—No lo hará.

—Un hombre desesperado hace muchas cosas. En eso me diferencio de usted, Master. Yo no soy paciente, yo no espero ya nada ni tengo confianza en nuevas oportunidades. Si los dos vamos a morir abajo… puedo aún sacrificar a Ruth y tratar de salvarme yo, de recuperar el mando a bordo.

—No se atreverá a eso y lo sabe —dijo Alex Master, aunque su tono era algo más inquieto ya.

—¿Por qué no? ¿Qué dices tú a eso, Ruth?

—Adelante, Dan. Haz lo que sea. Todo menos esperar a morir estúpidamente, sin movernos, sin intentar nada ya…

—Ya la oye, Master. Todo me inclina a esa solución.

—Usted ama a la chica. Sé que no hará eso.

—Si ha de morir en la Tierra, morirá aquí, Master.

—No es preciso que ella muera. Puedo garantizarle su vida. Y cumpliré la palabra.

—Vaya, ya ganó algo en la partida. —Dan sonrió lúgubremente —. Es mucho. La vida de Ruth. Eso me convence, Master.

—¡No, Dan, no quiero vivir… sin ti! —gimió ella.

—Le garantizo que vivirá Ruth Darnell —dijo Alex Master—. Y libre de mente, no tema. Siento no poder repetir mi magnanimidad con usted, pero no alcanzaría a tanto. Tenga en cuenta, como ha dicho muy certeramente, que un hombre como usted, libre y con vida, es un gran peligro para la paz de la Tierra. Significa un líder, un enemigo inteligente, despiadado y temerario. Le he visto luchar ya y… no, Mason, eso no puede ser.

Reinó el silencio después de aquello. Ruth ya no volvió a replicar, pero miraba angustiadamente a Dan, esperando, tal vez, que la merced se extendiera a ambos. Pero Master había entornado sus prietos labios y no añadía más. Ahora, sus ojos, se desviaron de pronto, al descuido, hacia el robot.

—¿Qué es lo que miras tú de ese modo, «Zero»? —preguntó, sonriente—. Pareces interesando en todo lo que aquí se habla, ¿verdad? ¿No tienes nada que decir?

El robot no se movía. Estaba inmóvil, fijo. Hubiérase dicho que volvía a estar inerme, sin acción, de no ser porque sus luminosos ojos escarlata brillaban, y las espirales se aceleraban más y más en su fondo.

Alex Master se echó a reír.

—Bien, bien, muy pensativo estás. Cualquiera diría que puedes pensar… ¿Buscas el modo de salvar a tu amo y amigo, Dan Mason? Si es así, simpático «Zero», te advierto que es inútil. Intentar algo, sería hacer morir a la chica. Mason no te lo perdonaría.

El robot seguía inmóvil, fijo, clavados sus ojos artificiales en Master.

Hubo un largo silenció, durante el cual sólo se percibía el leve zumbido de los mecanismos internos del «robot». Parecía como si trabajase más activamente, con mayor fuerza…

—«Te conozco» —musitó de pronto su ronca voz metálica—. «Te conozco…».

—¿Eh? —Mason se volvió en su asiento hacia él—. ¿Qué dices, «Zero»?

—«Te conozco…»: —repitió el robot, mirando a Alex Master obstinadamente—. «Tú eres».

—Claro que soy yo —dio Alex—. ¿Ahora te das cuenta?

Dan Mason advertía también algo extraño en su robot. De pronto, éste dio dos pasos lentos hacia Master. El súbito roce del metal sobre el suelo pareció despertar a Master, que apresuróse a atajarle rotundamente:

—¡Quieto, «Zero»! ¡No te muevas o termino contigo y con ella! ¡Es una orden, «Zero»!

Por toda respuesta, el robot dio un paso más. Master palideció.

—Mason, ordéneselo usted. Si da dos pasos más, como máximo, dispararé primero sobre Ruth. Después, sobre él y sobre usted, si aún llego a tiempo. Si no, moriremos todos o caeré con ellos y usted ganará su partida a alto precio. ¿Qué resuelve, Mason?

Dan se había incorporado, respirando entrecortadamente, y mirando ora a «Zero», ora a Master, que preguntaba por qué tenía que obrar tan extrañamente su robot.

—Quieto, «Zero» —ordenó, con voz dura—. Quieto ya…

Pero «Zero» no obedecía su voz. Había dado otro paso, siempre hacia Master y su cautiva. Ruth le miraba con expresión de vivo terror, pero con una sonrisa triunfal.

—Será mejor —dijo a Dan serenamente—. Adiós, amor mío. Salva a nuestro mundo. ¡Adelante, «Zero»!

—¡Quieto!

El rugido de Alex Master, potente, incisivo, metálico, poseía una autoridad terrible, tal que hizo volver la cabeza a Dan Mason y a la muchacha, simultáneamente.

Entonces, el robot dio un paso más, con la implacable fatalidad de lo que ha de suceder, por encima de las humanas voluntades. Y acaso Master hubiera obrado contra Ruth, o quizá contra él. Porque su mano aferró con mayor energía el proyector.

Pero en aquel momento, «Zero», el robot consciente, el asombroso producto de la ciencia del profesor Darnell, lanzó las palabras vibrantes, metálicas, sordas pero audibles en toda la cabina, que dejaron tan petrificado al propio Master, que es a quien iban dirigidas, como a Dan Mason y a Ruth Darnell:

—«Tú… Tú eres… Tú eres… el Amo…».

* * *

Alex Master retrocedió como si le hubieran golpeado con un mazo.

Dan le miró con rapidez. Su propia expresión desencajada por el estupor, por la sorpresa de la acusación imprevista en boca de aquel muñeco de metal, la palidez cadavérica que hacía aparecer más color de ámbar que nunca sus redondas pupilas, convenció a Dan de que «Zero», asombradamente, increíblemente, había dado en la diana.

¡Alex Master, el piloto, era «el Amo» en persona!

Era increíble.

Rápido, Dan entró en acción. Su mente, fría y aguda, le dictó la orden: ahora o nunca. Saltó hacia un lado, cayó sobre Ruth, de forma tan precisa que se interpuso en el camino del posible disparo de luz fría.

Pero al mismo tiempo, Alex Master apuntaba, no a Ruth, sino al metálico cuerpo de «Zero», Aunque de momento no disparaba, mascullando con voz sorda:

—¡No puedes saber eso…! ¡Nadie, excepto un hombre llamado James Elder, vio jamás el rostro del Amo como tal! ¡Para todos, he sido siempre Alex Master, el piloto, excepto para aquél a quien ordené destruir por haber visto mi rostro! ¡Era James Elder…!

—¡Elder! —gritó Ruth, muy pálida, minorando con verdadero horror a «Zero»—. ¡Era el idealista, el hombre muerto que papá recogió una noche…!

Disparó su chorro de luz mortífera el proyector de Master, hacia el robot delator. Pero ocurrió algo inesperado. Una tenaza de «Zero» habíase apoyado un segundo antes sobre los manidos. Sus agudos ojos rojos parecieron penetrar en cuál era el resorte preciso.

La estabilidad del cohete falló al accionar el gravitator la pinza metálica de «Zero». La oscilación fue tan grande, que el disparo de luz fría de Master alcanzó una pared. Parte de ella se disolvió rápidamente, y gracias a su enorme grosor no avanzó más la desintegración.

Jurando entre dientes, Master trató de repetir el disparo. Pero

Dan no le iba a conceder tantas oportunidades. Saltó sobre sus hombros como un tigre furioso. Ahora sabía que se enfrentaba con el hombre a quien más había odiado en su vida, con el culpable de todos los males del mundo de la Nueva Era. Aquél era el Amo en persona. Aferrar su cuello, golpearle en la mandíbula con la furia violenta y salvaje con que le estaba golpeando, era lo último que hubiera soñado como posible. ¿Quién podía esperar semejante prodigio, llegar a verse frente a frente con el Amo y luchar, luchar violenta y desesperadamente, por el futuro del mundo?

Master se defendió con furia también. Pero era físicamente mucho más débil que Dan. A pesar de todo, logró una de las veces, con el rostro ensangrentado por los golpes tremendos con que Dan le iba acorralando contra los mandos, aferrar un objeto metálico. Lo alzó, encañonando a Dan Mason.

Con horror, éste comprobó que era su propio proyector, y que iba a ser bañado en luz fría. Por mucho que corriera, por mucha rapidez que se diese en aferrar a Master… No podía llegar a tiempo de evitar su propio fin.

Oyó el grito desgarrador de Ruth, al verle a punto de desaparecer para siempre, convertido en polvo brillante, en pavesas desintegradas…

Master apretó el gatillo cuando Dan se lanzaba hacia él como una flecha. El chorro de muerte partió hacia Dan…

Capítulo IX

EL Principio del fin



n aquel mismo instante decisivo ocurrieron dos cosas tan seguidas, que fueron totalmente simultáneas.

La primera de ellas fue el golpe terrible, escalofriante, que hizo crujir los huesos del brazo de Master, abatiéndole la mano, quebrada por el impacto. El chorro de luz fría llameó contra el suelo, levantando miríadas de luces plateadas, que bañaron los pies de Master.

Éste chilló, empezando a sentir derretidas sus piernas. Pero la muerte le llegó, antes de que sus miembros se disolvieran, atacados por la energía helada de su arma.

«Zero», que había sido el autor del destrozo violento en su muñeca con un golpe brutal de su tenaza derecha, soltó ahora la izquierda hasta el cuello de Master, y luego cerró con un chasquido

escalofriante las dos pinzas dentadas.

Ruth chilló, chilló como lo hiciera al morir Calloway. Su final se pareció bastante. Alex Master, el hombre que se hacía pasar por un simple piloto, aunque a veces su propia inteligencia y dominio de sí mismo, le hubieran delatado aun sin imaginarlo Dan, perdió su cabeza allí mismo, segada por aquella terrible tijera. Rodó como guillotinada, y el cuerpo se estremeció, medio desintegrado, antes de rodar por el suelo del proyectil que fuera su obra maestra, sin duda aquella que más quiso cuidar, y a bordo del cual pretendió ser, en su soberbia, el primer hombre que pisara Plutón y llegara a los confines del sistema solar. Entonces, el Amo no podía imaginarse que en su nave favorita, en el esbelto y poderoso «Intergalaxia», del que tanto había demostrado saber en todo momento, iban a entrar rebeldes a su dictadura feroz. No podía sospechar que si él era un superhombre, otros como Dan Mason podían llegar a serlo cuando se luchaba por defender la propia vida, la de un ser querido y, sobre todo, el destino de los hombres de la Tierra.

A pesar de todo, ahora sintió cierto pesar ante el cuerpo de Master. Había sido un hombre implacable, violento y terrible, como todos los Amos que tuviera la Tierra. Pero había sabido ser un enemigo leal, un adversario digno de su magnitud fuera de serie.

Lentamente, la mirada de Dan Mason fue a «Zero», que volvía a estar rígido, tranquilo, como mirando el cuerpo tendido a sus pies. Dan, estremeciéndose, recordó la mención del Amo Sobre un hombre muerto, James Elder. Podía recordar aquel episodio. Entonces, él era un esclavo más del Poder Central. Había oído hablar del ingeniero James Elder, uno de los colaboradores directos del Amo. Había resultado ser un rebelde inteligente y astuto, que logró con engaños llegar hasta cerca del Amo, tratar de matarle, y al menos, si no lo logró, vio su rostro, se vieron ambos cara a cara. Grande debió de ser la sorpresa de Elder, al saber que un simple comandante piloto era el propio Amo, oculto a los demás bajo esa apariencia. Huyó, deseando comunicar esto a alguien, pero cerca de Metrópolis 187 había sido localizado y muerto, si bien su cadáver nunca se rescató, a pesar del interés del Amo en ello.

No quería pensar. No deseaba que volviera a cruzar su mente la locura que un poco antes presintiera, igual que Ruth, igual que el

propio Master antes de morir, al verse acusado por un robot. Un robot que le miraba fijamente, reconociéndole, recordando que él era el Amo… cuando nadie, excepto Elder, sabía la personalidad del Amo.

Luego, Ruth mencionó que el profesor había recogido el cuerpo de James Elder, acaso recién muerto, «vivo aún su cerebro…». Y aquel tubo de ensayo que él viera en el laboratorio de Darnell, con un líquido gris… «Materia gris»… Después, el robot funcionó, respondió al proyecto de su inventor… ¿Por qué?

No, era mejor no ahondar en ello, no tratar de captar la alucinante idea llevada a cabo por el profesor Darnell. Era mejor seguir pensando… que «Zero», su leal, amistoso y simpático «Zero», no era más que eso: un robot.

Sin embargo, ni él ni Ruth pudieron mirar ya a «Zero», de allí en adelante, como a un simple robot. Había ternura, afecto, en sus ojos. No sólo porque le debieran la vida y porque el mundo, tal vez, tuviera que elevar un día un gigantesco monumento a la figura mecánica de un ser artificial. Había más, algo más…

«Zero», levantando la cabeza metálica hacia ellos, parecía sonreírles, comprendiendo sus sentimientos.

—Gracias, «Zero», amigo —musitó roncamente Dan, palmeando su espalda de frío acero como si fuera la de un hermano—. Esto no es fácil que lo olvidemos jamás…

Esta vez, el robot no respondió, no hizo movimiento alguno. Pero Dan sabía que entendía esto, que asimilaba la idea en su interior. «Zero» era, por algo, el más grande, humano y asombroso de los ingenios mecánicos creados.

* * *

El regreso a la Tierra era inevitable, pero Dan condujo al «Intergalaxia» hacia lugares desérticos, donde tomó tierra fácilmente, tras varias vueltas de reconocimiento.

Aquel regreso al planeta entrañable, que era como volver de las sombras de la muerte y enfocarse de nuevo con la vida, pletórica de esperanzas, marcaba el principio del fin. Un fin para los Poderes Centrales, para los Amos y los tiranos de la Humanidad. Un principio maravilloso, en el que el mundo volvería a ser libre, los

pueblos gobernados por la justicia y la razón, y, en definitiva, el nacimiento de un nuevo día iba a comenzar para la Tierra, si la suerte no se apartaba de su lado de allí en adelante.

Y para quienes habían corrido peligros tan terribles, y habían alcanzado la increíble y fabulosa fortuna de derrotar al propio Amo, a miles de millas fuera de la atmósfera terrestre, ¿no era esto ya lo más fácil, aunque fuese también lo más gigantesco y arduo de llevar a cabo?

—Dan, confío en ti plenamente —dijo Ruth, al salir del proyectil parado en mitad del desierto, y encarar el aire entrañable de la tierra, el rumor del viento sobre la hojarasca de un lejano bosquecillo, el rumor del agua entre las rocas. Lejos, en lontananza, se veían las siluetas grises de unos edificios. Una Metrópolis más, no importaba su número. Una ciudad que había tenido nombre y no número. Una ciudad que volvería a serlo. Un sitio por dónde empezar la labor. Ruth siguió, anhelante—: El Amo mismo lo admitió: tú eres el líder del Nuevo Mundo, Dan. El que ha de llevar a nuestros hermanos de raza y de vida al triunfo del espíritu, del cerebro y del corazón, sobre el mecanismo, la esclavitud mental y el terror… ¡Adelante, Dan!

Él, con los crespos cabellos al viento, irguió su firme cabeza, acusáronse las líneas enérgicas de su rostro, al tiempo que apretaba contra sí a la mujer que todo lo depositaba en él: amor, fe, esperanza y convicción.

—Vamos, Ruth. Juntos, de nuevo a luchar. Por un mundo mejor. Por el futuro que sé habrá de llegar un día… Esto es el principio del fin, amor mío…

Volviéronse. «Zero», silencioso, metálico y paciente, les seguía a pocos pasos. Era el amigo más leal y también el más fuerte. Darnell soñó con un ejército de ellos en el futuro, para vencer al Amo. Y había bastado uno: el número «Zero». Como ahora bastaría para seguir la lucha, para derrotar la obra del Amo.

También él levantaba al aire de la Tierra su rostro de metal, que parecía resplandecer inteligencia, bondad… y también decisión, energía para la lucha.

—«Zero», acaso nos quede lo peor aún —dijo Dan, sonriente—. Pero sé que no vas a desertar tú tampoco de la lucha, ¿verdad, buen amigo?

Como siempre que se le pedía algo trascendental, «Zero» no respondió con aquellos sonidos suyos, metálicos y claros. Se limitó a inclinar la cabeza. Los ojos artificiales miraron a la pareja con afecto. Movió tras de ellos su pesado cuerpo bruñido, caminando por la amplitud del desierto elegido para el aterrizaje.

Las tres figuras se perdieron pronto en la distancia, caminó de la ciudad visible en el horizonte…

* * *

Horas después de llegar a ella, comenzaba allí la rebelión. Más tarde, antes de que el Poder Central advirtiese lo ocurrido, Dan, Ruth y su inseparable amigo «Zero», el robot inteligente y sentimental, corrían de regreso al «Intergalaxia», que les trasladó a otra ciudad.

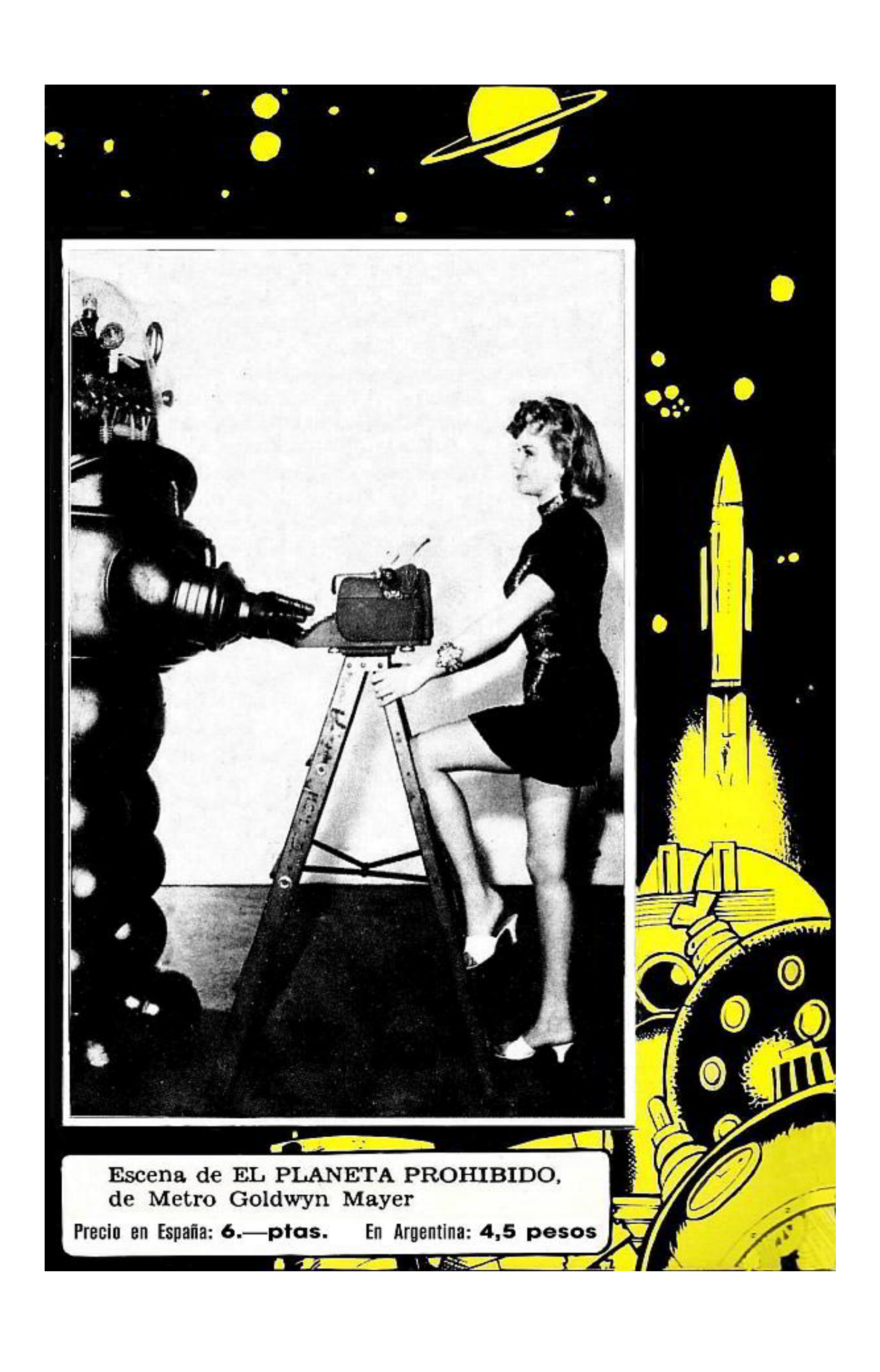
Allí se repitió la historia. La noticia corría, volaba literalmente por doquier: «El Amo ha muerto. Ha sido vencido. En Metrópolis 1 no hay ningún amo… Es la hora de la libertad y de la reivindicación humana… ¡Adelante, hermanos de toda la Tierra!».

Y seguían adelante. Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, lugar por lugar… Esta vez, no resolvieron nada las patrullas aéreas bombardeando ciudades. Atacaban una y se rebelaban dos más. Esas dos eran atacadas, y estallaba la sedición en otras diez.

No tenía fin. Lo que empezaron dos personas y un simple ser artificial, iba propagándose, corriendo por la superficie terrestre.

Como muy bien dijera Dan Mason, aquél era el principio del fin…





Escena de EL PLANETA PROHIBIDO,
de Metro Goldwyn Mayer

Precio en España: **6.—ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.